



NICOLÁS
HYDE

LA
INDIFERENCIA
DE MI
HERMANASTRO

Mil pecados inconfesables

LA INDIFERENCIA DE MI
HERMANASTRO

S E R I E :

« M I L P E C A D O S
I N C O N F E S A B L E S »

NICOLÁS HYDE

Copyright Nicolás Hyde ©2024

All rights reserved.

Imagen de portada por HayDmitriy.

Se prohíbe la distribución total o parcial de este libro. Al adquirirlo se está de acuerdo en no vender, copiar o distribuir el contenido de ninguna manera sin el consentimiento previo del autor.

Los hechos narrados a continuación son producto de la imaginación del escritor y, en ningún momento se trata de normalizar actos violentos, solo es un relato perteneciente al Dark Romance Erotic, por lo que se recomienda discreción.

ADVERTENCIA

Este libro contiene material destinado exclusivamente a lectores adultos. El relato erótico presente en estas páginas explora temáticas y situaciones de naturaleza sensual y sexual, con descripciones detalladas de encuentros íntimos, así como relaciones tabúes en donde los personajes «tienen» cierto grado de parentesco.

Es importante destacar que todos los personajes involucrados en esta historia son mayores de edad, y las escenas de contenido explícito que se narran están basadas en el mutuo acuerdo y consentimiento de los protagonistas. Aunque algunas situaciones puedan presentar un tono más intenso, rudo o tabú, todos los actos son consensuados.

Se recomienda a los lectores que sean sensibles a contenido sexual explícito o aquellos que no cumplan con la edad legal para consumir este tipo de material, abstenerse de continuar la lectura.

La finalidad de este libro es proporcionar una experiencia literaria adulta. Por favor, leed con responsabilidad.

SINOPSIS

Desde el primer segundo en el que sus ojos se posaron en su estoico rostro, se sintió profundamente atraída por él, por su masculinidad, por su cuerpo fuerte, por sus formas altivas y viriles que enloquecieron su corazón, que estremecieron su cuerpo, sin embargo, él nunca la vio como mujer. Para Ian, Aurora, solo era una niña. Le molestaba verla, tenerla cerca, y mucho más advertir aquella mirada inocente del color del hielo que lo atravesaba e incordiaba, hasta que un viaje cambia todo, un viaje que le hizo apreciar el dulce y curvilíneo cuerpo de su hermanastra de otra manera y cayó rendido a los encantos de la sirena que nunca deseó.

Un relato ardiente, donde la proximidad forzosa los calentará hasta el punto de no retorno.

CAPÍTULO 1

La crema humectante resbaló por sus esbeltos y esculpidos gemelos con extremo erotismo, fría al contacto con su nivea piel. Un gemido corto brotó de su entrecerrada boca y la punta de su lengua salió para aliviar la sensación que cosquilleó en sus carnosos labios.

Sonrió, pícara.

Llevaba algunos días con las hormonas alteradas, con el deseo sexual prendiendo cada una de sus terminaciones ante el más ligero toque. Ducharse hacía unos minutos implicó todo un esfuerzo monumental para evitar tocarse, para no pasar la yema de sus dedos por sus erectos pezones que rogaban por su atención o por bajar la mano y agasajar su sexo con roces circulares con la perfecta presión. Quería hacerlo, quería masturbarse, pero se dijo que no podía encender más su mente inquieta, que no podía dar rienda suelta a su concupiscencia, porque si lo hacía, si se daba permiso de fantasear con el más grande objeto de su deseo, no iba a parar, no iba a poder contener el sonrojo cuando lo viera, y la vergüenza la llevaría a actuar como la cría que ya no quería ser frente a él.

Ian... —pensó recordando la frialdad de la mirada que le lanzaba su hermanastro siempre que se encontraban y, tras un largo suspiro en el que un balde de agua fría cayó sobre su cabeza, sosegó por un instante su instinto sexual, ese que estaba trastornado gracias a las imágenes que continuamente se presentaban en su mente todo por culpa del dueño de aquella mirada glacial.

Sus hombros decayeron y siguió humectando su piel, desde sus piernas esbeltas y carnosas que el ejercicio mantenía firmes y suaves.

Desde hacía unos años, tras madurar, su cuerpo no dejaba de crear curvas sinuosas que solo despertaban el morbo de algunos. Con unas piernas largas que desde sus pies subían con delicadeza, las caderas redondeadas y serpenteadas en las que sus «parejas» anteriores tanto buscaban afincar las manos, subiendo por su trasero respingón y apetitoso que tenía firme y altivo, por su cintura pequeña que acentuaba más los montes y valles que conformaban su silueta, por sus tetas grandes, con la exquisita forma de lágrima colmada y esos pezoncitos que coronaban sus montañas blancas de picos rosados, sus hombros pequeños y brazos torneados... Hasta su rostro de muñeca de porcelana que emanaba un aire inocente y juguetón, con la cara con forma de corazón, la quijada pequeña y bien enmarcada, así como su mandíbula, de labios gruesos y rosados, seductores, por su nariz pequeña y respigada con pequeñas pecas claras que pringaban el puente de la nariz y por los pómulos bien dibujados, así como sus ojos almendrados de un color celeste tan claro que dotaba a su mirada de un halo tierno, así como sus cejas enmarcadas, de un tono rubio más oscuro que su cabello largo, hasta la cintura, que caía sobre su espalda en suaves ondas naturales... Todo en Aurora invitaba a jugar con su cuerpo, a saborear la tierna piel que cubría sus curvas, esa carretera hecha de carne y hueso que enloquecía a más de alguno, que más de alguna ocasión le dio problemas, en especial desde que entró a la universidad y dejó de vestirse con tanto recato y aprendió a sacarle provecho a las diversas prendas que dejaban poco a la imaginación.

Días atrás, pactó con su madre para que Ian pasase ese día a la casa que compartía con Diana, su mejor amiga, y la llevase a casa para las fiestas. Al principio, dudó sobre aquel reencuentro, no quería

pasar tanto tiempo encerrada con Ian dentro de su coche. Temía que su desprecio la alcanzara y que le hiciere sentir de nuevo como la chiquilla atemorizada que era cuando vivían juntos, de eso hacía ya muchos años, no obstante, antes de que comenzara la universidad y terminaran de distanciarse, siempre se cohibía en presencia de su hermanastro, sin importar cuánto empeño pusiera en sacar su lado extrovertido.

Ian... la intimidó desde el primer momento.

Recordó aquel segundo en el que sus ojos se encontraron con el cuerpo masculino, grande y atlético de su hermanastro. Tenía quince años cuando sus padres se juntaron. Ian era mayor, tenía veintidós, y esa diferencia de edad, la resintió con fuerza. Mientras Aurora cayó rendida a sus pies desde el primer instante, Ian solo la vio como una niñata molesta, y se lo hizo saber con sus gestos, con sus formas.

Aquella primera cena «familiar» quedó grabada a fuego en su cerebro, en sus recuerdos preciados. Su madre la obligó a llevar un vestido para la ocasión, un vestido sobrio que disimuló las curvas que se estaban formando en su anatomía. Era un vestido de su madre, un vestido azul marino que encubrió su juvenil cuerpo y la hizo parecer más niña de lo que era, en especial porque se mantuvo con la cabeza baja y su cabello rubio cubrió sus facciones que comenzaban a acentuarse.

Cuando Laila, su madre, le presentó a Christopher, su padrastro, y a Ian, sus mejillas se coloraron y apenas pudo alzar el rostro. Eran dos hombres imponentes, dos hombres diferentes que la hicieron sentir diminuta e insignificante, en especial Ian.

Ian... Era un dios griego encarnado, desde que lo vio a lo lejos, su corazón se alteró, su presión arterial se elevó, sus mejillas se sonrojaron, pese a que sus manos se helaron y un leve cosquilleo extraño que no sintió antes la inundó demandando atención desde su interior, prendiendo en fuego cada una de sus terminaciones nerviosas que la impulsaron a gemir con suavidad ante la estampa de aquel idilio hecho hombre.

Y es que, ante sus ojos, era un ser perfecto. Pese a la mirada entre iracunda e irritada, y la indiferencia con que la trató, no pudo reprimir el deseo que despertó su hermanastro desde aquel segundo en el que sus ojos se encontraron.

Ian...

Cuando entró al restaurante, de inmediato sus ojos celestes lo siguieron, siguieron sus pasos largos, decididos, su andar frío e impasible pese a que más de alguna dama volvió para apreciar tan fino espécimen masculino. Y es que, ¿cómo no hacerlo? Ian era demasiado atractivo, con su estatura por encima de la media, más de los 1.85 cm, de tez nívea pese a que conservaba un ligero bronceado, con el cabello tan oscuro como las plumas de un cuervo, bien recortado y rizado en las puntas, con una barba espesa que enmarcaba sus facciones masculinas que le daban un aire arrebatador a su estampa al definir su mandíbula cuadrada que se afinaba en el mentón, así como su cuello fuerte en el que se vislumbraba una nuez de Adán prominente que Aurora deseó lamer en muchas ocasiones, de nariz recta, larga, de corte griego, con los labios delgados casi sin pigmentación, unos labios que se antojaban succulentos y bien adiestrados, aunque casi nunca lo vio sonreír, de cejas delineadas, casi rectas y bien pobladas, con un cuerpo grande, bien trabajado que, incluso bajo la camisa de botones en negro que llevaba puesta, se podía distinguir sus pectorales hinchados y su circuito de cuadrillos abdominales que llevaban al objeto más preciado de su anatomía, con las piernas largas, poderosas y masculinas, sin embargo, lo que más llamaba la atención era su mirada gélida, sus ojos azules, profundos, de un azul tan fuerte que cuando no había suficiente luz costaba ver el tono y se confundía con un negro fuerte.

Sus ojos... aquellos ojos que en un principio creyó oscuros, la atravesaron en cuanto sus padres

los presentaron y su mano tensa se extendió en su dirección, solo para quemar su piel y cubrirla de una leve capa de sudor que la hizo sentir más perturbada. Esa primera mirada que le regaló, tan fría, tan carente de emociones cálidas que le hicieren sentir bienvenida en su nueva familia, no hizo más que fomentar su enamoramiento pueril, su deseo sexual que nació ese día, con Ian, con el hombre que apareció en sus sueños más profundos, más sensuales, y románticos, pese a que supo que todo quedaría en su imaginación.

El tiempo que siguió a ese primer encuentro reafirmó la sensación que sintió cuando sus manos se unieron e Ian no la apretó, no tocó su piel, no hizo ni un solo gesto para admitirla dentro de su familia.

Aurora y Laila se mudaron a la casa de Christopher tras la boda, una boda apresurada que tuvo lugar luego de unas pocas «salidas» familiares donde los adultos trataron de hacer que sus hijos se unieran, reuniones en las que fue evidente que Ian fue forzado a participar. Pese a su edad, Ian estaba terminando de estudiar en la universidad, creándose un futuro en la empresa de construcciones de su padre, así que no le quedó más remedio que seguir viviendo con Christopher y su nueva esposa, aunque trataba de nunca estar en casa, y mucho menos relacionarse con la niñata que llevó su nueva madrastra a su casa, aquella niña que le turbaba con su mirada inocente y tan clara que podía ver en su interior, incomodándolo en sobremanera.

En ese año que vivieron juntos, Aurora alimentó más su fantasía, creyó que Ian se daría cuenta en cualquier segundo de la mujer en la que se estaba convirtiendo, pero nunca pasó, y él se mudó en cuanto tuvo la primera oportunidad.

Antes de entrar a la universidad, Ian llegó muy pocas veces a casa, y cuando lo hacía, la evitaba. Y cuando entró a la universidad, Aurora comenzó a distanciarse, a planificar cuándo regresar a visitar a su madre y a su padrastro, con quien, por suerte, se llevaba de maravilla.

Su corazón se oprimió cada que lo miró, cada que recibió una de sus frías miradas, cada que se alejó de ella como si tuviera la peste, y desde que podía poner excusas con la universidad, no quiso aparecer frente a sus ojos.

Y tenía que llegar su madre y romper su cristal protector y «arreglar» todo para que Ian la llevase a casa para las fiestas.

Trató de excusarse, alegó ser mayor para llegar sola, dijo cualquier cosa para zafarse, al menos, de tener que ir junto a su hermanastro, en su coche, durante más de cinco horas de trayecto, pero no pudo.

—No seas tonta, querida, Ian podrá pasar por ti de camino a casa, no le hagas el feo a tu hermano. Además, os va a servir para relacionarse, que hace días no están juntos. Seguro que ahora que ya eres toda una señorita de ciudad podrás hablar con él con soltura —indicó su madre, hablando con tranquilidad, restándole importancia al asunto, aunque Aurora remarcó que no quería incomodarlo, pese a que sabía, por la misma Laila, que Ian, hacía meses, se mudó a su ciudad y vivía muy cerca de la pequeña casa que alquilaba junto con Diana, por lo que no pudo argumentar nada más.

Por más que trató de razonar con Laila, no pudo, no pudo evitar que la emparejara con Ian, que la obligara a viajar en su coche, solos.

Y desde ese día, no pudo dormir tranquila. Sus sueños se volvieron más vívidos y podía escuchar la voz ronca y masculina de Ian susurrando en su oído, deseándola, rozando su cuerpo con las yemas de los dedos, se vio, una y mil veces, yaciendo bajo el cuerpo grande, fuerte y viril de su hermanastro, a quien quería regalarle su virginidad, a quien quería entre sus piernas, llevándola a la cima una vez tras otra, hasta que sus fuerzas se esfumaran y la tomara para derramarse en su interior.

Sabía que estaba mal, que eso no iba a pasar, que Ian no la miraría, mucho menos como mujer,

pero no pudo detener su imaginación y su cuerpo se exaltó como no estuvo durante mucho tiempo, como tantas veces quiso estar con sus parejas anteriores, a las que no pudo entregarse, aquellos chicos con los que comenzó a salir cuando entró a la universidad y decidió cambiar y ser más extrovertida, ayudada de Diana, quien cambió su guardarropa. Su amiga no solo le ayudó a modificar su imagen, sino que la exhortó a salir del cascarón en el que estaba metida desde su adolescencia, convirtiéndose al fin en una mujer que podía coquetear y sonreírles a otros hombres, que podía batir sus pestañas y conseguir las miradas masculinas.

Su corazón repiqueteó dentro de su torso y las emociones se revolvieron en su interior. Sus manos se aferraron a la toalla que cubría su desnudez y deseó mantener su personalidad ante su hermanastro, deseo ser tan fuerte como podía serlo con otros hombres a los que rechazaba sin más, hombres de los que se podía alejar sin que le temblasen las piernas, personas a las que, en muchas ocasiones, no les ponía rostro porque le costaba levantar la cabeza cuando huía de ellos.

Quería ser tan fuerte y dura como Ian lo era, quería enfrentarlo y hacerle ver que ya no era la niña que podía intimidar con su sola presencia. No obstante, sus emociones la hicieron templarse, agitarse desde adentro y no solo por su deseo sexual creciente que pedía las manos grandes y masculinas de su hermanastro, sino porque temió volver a ser la niña tímida que se sometía ante los ojos azules, que podía hincarse ante el dios griego y rogar por una sola de sus caricias, pese a que jamás llegó tan lejos.

Tal zozobra la hizo pasar más de diez minutos frente al tocador, sentada, descalza, con el cabello húmedo, cubriéndose solo con la toalla suave que estaba empapada gracias a las gotas que discurrían por sus mechones, pese a que ya se había peinado su cabellera seguía húmeda.

—¡Aurora! —gritó Diana, entrando en la habitación sin llamar a la puerta, como un torbellino, con su cabello castaño dejando una estela rizada a su espalda.

Dio un respingo al verla.

—¿Qué haces? —preguntó encogida en su sitio.

—¡Joder, sigues sin cambiarte! —exclamó su *roomie* sobresaltada, abriendo su guardarropas, cogió un vestido de tirantes y se lo tiró a la cara.

Aurora la vio sin dar crédito, tomando el vestido con una mano.

—¡Vamos!, ¿qué esperas? —espoleó con los ojos bien abiertos, aplaudiendo con desesperación para despertarla—. Apura, que tu hermanito está afuera y dice que te lleva esperando desde hace más de veinte minutos, que no le contestas el móvil y que, si no sales ahora, se irá sin ti —habló con premura, girando sobre sus talones para buscarle unas sandalias para completar el atuendo.

Parpadeó asustada y, por un segundo, su mundo dio vueltas, mareándola, plantándola al asiento, estremeciendo su cuerpo de dos formas distintas que no eran compatibles.

—¡Despierta, Aurora! —rugió Diana, sacándola de la burbuja en la que se sumergió.

Se levantó de un salto.

—Dime que tienes hecha la maleta —inquirió su amiga sin verla, buscando su bolso para meter el móvil que estaba en la mesita de noche.

—No... —susurró en respuesta, casi sin voz, quitándose la toalla apurada y poniéndose el vestido que le dio su amiga, sin importarle más que cumplir con las órdenes que estaba recibiendo, ni siquiera se fijó que no llevaba ropa interior o que su cabello estaba mojando la fina tela del vestido veraniego y ajustado, de «tubo» que le lanzó Diana.

—Aquí —indicó su amiga para mostrarle las sandalias de plataforma que le sacó, de tela blanca que se amoldaban a sus tobillos y le estilizaban los gemelos—. Dime que tienes ropa en la casa de tu madre...

Aurora asintió poniéndose las sandalias que le entregó, para luego ser atacada por su bolso cayendo en sus piernas con brusquedad, luego de que su amiga metiese algunas cosas extras en la bolsa. Diana no le dio tiempo de procesar sus acciones o palabras, la cogió de la mano para sacarla de la casa pequeña y pintoresca en la que vivían en las afueras de la ciudad. Diana estaba tan intranquila que ni siquiera la vio por un segundo, de lo contrario, hubiese notado que no estaba lista para salir, mucho menos para encerrarse en el coche junto a un hombre durante tanto tiempo.

No pensaron, solo se dejaron llevar por el apuro. Diana escuchó tantas historias de Aurora acerca de lo intransigente que era Ian, que no dudó en ponerse en marcha cuando lo vio afuera de la casa, luego de volver de su caminata diaria con la que pretendía hacer ejercicio ya que se negaba a acompañar a Aurora al gimnasio. Al ver el coche grande y suntuoso su cabeza se ladeó y no pudo evitar ponerle demasiada atención, sin embargo, no aminoró la marcha y siguió hasta el pórtico de la casita. Antes de entrar, la voz atronadora de Ian la interrumpió llamando su atención. Al voltear, el vómito verbal con el que Ian le advirtió que si Aurora no salía en el siguiente segundo la dejaría, hizo que su mente se revolucionara.

Lo vio por un segundo y entendió el enamoramiento pueril de su amiga, entonces, se le ocurrió que no podía dejar pasar la oportunidad para que viese a la nueva Aurora, para mostrarle que su amiga ya no era la misma chiquilla y por eso se empeñó en vestirla para matar, con un vestido que dejaba poco a la imaginación. Quería que la viese bonita, que supiera que ya no era la niña que despreció, que aquella apreciación que seguro Aurora recibiría del que fue su primer amor elevara su autoestima donde debía estar. Lo que no calculó fue la falta de prendas íntimas en el cuerpo de su *roomie*, y el hecho de que la estaba mandando a la guerra con solo lo necesario en su bolso, sin nada más que aquel vestidito corto y ajustado que apenas cubría su desnudez, sin imaginar lo que su acto apresurado desencadenaría.

CAPÍTULO 2

Detestó que Christopher lo hubiese obligado a pasar por la casa de la niñata. No le quedó más remedio que aceptar cuando escuchó la voz seria de su padre a través del móvil y supo que se estaba impacientando y cuando el gran señor Christopher Rivera se enojaba... podía hacer cualquier locura, y ese no era el momento para molestarlo. Quedó en medio de un impase en el que no tuvo más remedio que aceptar su prerrogativa y llevar consigo a Aurora.

Se tensó desde el primer segundo en el que su padre le ordenó pasar por la chiquilla a su casa.

—Hazlo por la familia —gruñó cuando trató de renegar.

Christopher no era estúpido, sabía que su hijo estaba irritado desde que decidió casarse con Laila después de solo un año de soltería tras la muerte de la madre de su hijo, y el amor de su vida, porque sí, Delia siempre sería el amor de su vida, sin embargo, cuando conoció a Laila hubo una conexión entre ambos que ninguno pudo obviar, pese a que no estaban preparados para tener algo tan serio. Y quiso que su hijo se sintiera integrado en la familia, sin embargo, pese a los años que habían pasado de aquel primer encuentro, Ian no le perdonaba haber buscado a una mujer tan rápido, y mucho menos aceptaba a su nueva hermana.

Con esmero, Laila había logrado tener una relación amena con Ian, pero con Aurora, su dulce y preciosa hijastra... simplemente no había forma y no entendía la animadversión de Ian, no comprendía porqué la trataba tan mal, por eso, sabiendo que su hijo no podría negarse, arregló con Laila aquel viaje, para que los hermanastros pudiesen estar juntos.

Por su puesto, Ian tuvo que callar, de lo contrario, la expansión de la constructora que estaba preparando no le sería encomendada, su padre lo tenía cogido del cuello, por eso tuvo que morderse la lengua.

No, de ninguna manera quería pasar más de cinco horas en el mismo coche que la tímida e inmadura Aurora, de la que no dejaba de escuchar bondades desde antes de conocerla. Aquella rubia le puso el vello en punta desde que la vio, pequeña y menuda, tras el cuerpo esbelto de su madrastra. Le repelió que fuese tan delicada, que el halo resplandeciente que iluminaba su cabellera le irritase los ojos y la hiciere ver tan inocente, no podía con aquella estampa de niña buena, y al conocerla, se dio cuenta que no solo era su melena rubicunda, sino que era la misma Aurora la que lo molestaba, la que lo irritaba, con aquellos ojos celestes, grandes y expresivos donde se podía vislumbrar todos los sentimientos que albergaba la «noble» alma de su hermanastra.

Bufó cuando se estacionó frente a la pequeña casa que Aurora compartía con otra niñata. Le irritó pensar que su padre estaba pagando por la educación de una cría con la que no estaba emparentado.

¡Jamás la iba a ver como parte de su familia!

Admiró la casita pintoresca, los lentes de sol resbalaron por el puente de su nariz y su mandíbula se tensó con fuerza.

Era la hora pactada, se suponía que solo debía pasar, no esperar a que la «princesita» se arreglara, no quería aguardar, de lo contrario, quedarían atascados en el tráfico y no soportaría pasar más

tiempo con su «queridísima hermanastra».

Iba a ser toda una tortura estar a su lado.

De no ser por la imposición de su padre... en ese momento estaría disfrutando de la bella Erika, una preciosa morena, alta, de curvas femeninas a la que le gustaba follar de vez en vez. No era nada formal, ninguno de los dos se planteaba tal tontería. En cambio, tener sexo con ella era... espectacular. A Erika le gustaba jugar, le gustaba mandar de tanto en tanto, cabalgarlo como una amazona, con su cabello negro moviéndose con furor sobre su espalda y sus preciosas tetas que, aunque pequeñas, eran exquisitas, en especial cuando alargaba sus pezones violáceos y los mordía sacándole gritos exasperados a la morena. Le gustaba Erika como compañera de «juegos», no tenían una relación especial en absoluto, solo se limitaba a llamadas —normalmente nocturnas—, en las que pactaban verse en terrenos neutrales, es decir, diversos moteles, y follar por horas y luego, tras correrse una infinidad de veces, fumarse un cigarrillo e irse sin apenas despedirse. Así, sin más. A eso se reducía su relación, incluso así, era mucho más divertido que buscar cualquier mujer en algún bar o discoteca y lanzar una moneda para ver si no sería una mojugata o le gustaría divertirse de verdad.

No tenía gustos extravagantes, le gustaban las mujeres «de verdad» o como creía que debían ser: mujeres asertivas, con caracteres fuertes que supieran cómo desenvolverse en los diferentes ámbitos, que pudiesen coquetear, que en la cama fuesen bombas explosivas que gritaran enérgicamente, que lo montaran para conseguir el tan ansiado orgasmo, que se dejaran llevar por la lujuria, que buscaran su placer, que les gustaran ser tomadas desde atrás de las caderas al tiempo que lo mirasen con picardía. Sí, así le gustaban, le encantaban las mujeres extrovertidas, que fuesen fieras en la cama, que emularan su energía, no que fuesen delicados pétalos de flores a las cuales tuviese que tomar con suavidad, que lo mirasen con amor infinito o, quisieran lo impensable: que les hiciera el amor.

No, ni de loco quería a una de esas suaves mujeres que miraban con inocencia en medio de las pestañas, le recordaban a niñas desvalidas, e Ian no salía con niñas, salía con mujeres de sangre caliente, no con nenitas insufribles que no gemirían ni aunque estuvieran follándose como los dioses mandan.

Y desde que conoció a Aurora no pudo evitar compararla con aquellas mujercitas sumisas que tanto odiaba, su hermanastra era como todas aquellas mujeres frágiles, sensibles y delicadas que no soportaba, para más inri, descubrir en su mirada celeste aquella explosión de sentimientos que delataron el real nerviosismo de Aurora, lo tensaron hasta que no pudo sentirse cómodo a su alrededor.

Lo supo desde el primer instante en el que sus ojos se encontraron con los iris más claros que alguna vez observó: Aurora quedó prendada de él, y ese detalle, revolvió sus entrañas. No, no se sintió siquiera halagado por tal cumplido. ¡Era una niña, por Dios!, una cría sensible que rehuyó su mirada y cuya suavidad mandó un rayo eléctrico a su columna vertebral.

Desde ese instante, no pudo más que sentir aversión por su hermanastra, por la rubia que cada que lo miraba se sonrojaba como la colegiala que era. En su mente se quedó guardada aquella primera sensación con la que descubrió que jamás la podría ver como su hermana, que Aurora solo era otra mocosa más de la cual huir para no quedar encerrado en aquellos ojos luminosos que lo atravesaron con su candor y falta de juicio.

Bufó y se pasó la mano por su negra cabellera, intranquilo e irritado. Llevaba más de cinco minutos aguardando por su «hermanita».

Cogió el móvil del salpicadero del coche y digitó rápido un mensaje para su padre para que le llamase a su «hijastra» y así saliera de la «casita de la pradera».

«Seguro que puedes llamar a tu hermanita por tus propios medios, ahora estoy en una reunión».

Fue todo el mensaje que le dejó su padre, junto con el número de contacto de Aurora.

Sus dientes rechinaron y se quitó las gafas de sol, dejándolas al lado de la palanca de cambios, furioso. Sus ojos chispearon y la ira bulló en su interior.

No, no quería escuchar su voz cantarina, no quería oír su tartamudeo.

Miró el número por unos largos segundos en los que resopló más de una vez, tensándose más y más, como si se preparara para una pelea, cuando simplemente estaba considerando todas las alternativas, alternativas de lo más atrayentes.

Se planteó la idea de dejarla, de abandonar la tarea de tener que hacerse cargo de Aurora, de soportar aquellos ojos de cordero degollado durante las más de cinco horas de trayecto.

Podía, simplemente decir que ella nunca salió, que tuvo que dejarla para no quedar atrapado en el tráfico y terminar con aquel suplicio de olfatear su aroma dulzón.

Sonrió con tal idea, regodeándose con las imágenes que invadieron su mente, en las que iba solo durante todo el trayecto, escuchando música adecuada para mantenerse despierto, fumando algún cigarrillo y tarareando con sus canciones favoritas sin importarle «importunar» a la sensible Aurora que se escandalizaría con su música favorita. Quería poder gritar a todo pulmón el coro de «Te quiero puta!» de Rammstein sin que ninguna mujer lo mirase como si fuese un delincuente.

En su lugar, y tras un largo resoplido, llamó a Aurora. El móvil sonó una, dos, tres, cuatro y... no respondió. Las venas de su cuello se saltaron y estrujó con fuerza el volante del coche.

Apretó los dientes hasta rechinarlos y lo volvió intentar un segundo más tarde, encabronado, presionando la pantalla del móvil con tanta energía que casi agrieta la protección, sin embargo, no obtuvo mejor resultado.

Inhaló y exhaló tratando de contener su temperamento. Llevaba más de diez minutos esperándola, esperando a alguien con quien no quería tener ninguna relación, forzado por su padre a tener que aguardar.

Pensó en llamar a Christopher y decirle que lo intentó, que trató de esperarla, no obstante, de inmediato desechó la idea. Su padre no iba a permitir que se fuese sin Aurora.

Sacudió la cabeza e inspiró profundo, reteniendo el aire por un segundo, relajándose. No era conocido precisamente por su paciencia, de hecho, Ian tenía un carácter nefasto para muchos, un genio difícil de soportar, en especial cuando llevaba varios días sin desfogarse.

—Debí aceptar que viniese a casa —se dijo pensativo al recordar la proposición de Erika, el mensaje en el que le decía que podía ir a su casa a darle una buena mamada para que se relajase cuando le comentó que estaba muy tenso para tener sexo ese día.

No sabía bien la razón, pero estaba exaltado desde la imposición de su padre y su deseo sexual decayó al punto de que le fastidió rechazar a Erika, a la vez que lo hizo respirar profundo. Sí, necesitaba tomarla con fuerza, follarla como si no hubiese mañana, cogerla en cuanto entraran a la habitación del hotel y, sin desnudarla, arrancarle el tanga y meterse en su humedad tras ponerse el condón, al mismo tiempo, la idea de tener que complacerla y escuchar sus gritos, lo aburría. No estaba seguro del porqué se encontraba tan a disgusto, pero tampoco quería ser un perro y no procurar el merecido orgasmo a su amante.

Sí, declinó porque solo quería su placer, porque la idea de jugar con una mujer lo molestó, solo quería una vagina caliente y mojada para destensarse y luego fumarse un cigarro para terminar de moler la tensión que sentía en sus hombros, sin importar nada más, y eso no era justo para Erika.

Pese a todo, no soportaba la idea de no procurar a una mujer, de no escuchar sus gemidos al

llevarla al éxtasis. Así que, rehusó la idea de solo recibir y no dar, incluso cuando Erika pareció aceptarlo y hasta ofreció ir a su casa para proporcionarle un buen sexo oral que destensaría su cuerpo y le haría estar más relajado con la situación.

Negó con la cabeza y repiqueteó con los dedos sobre el volante.

Sacó un cigarrillo, abrió las ventanas del coche, activó el mecanismo del encendedor y, cubriendo con la otra mano la llama, encendió el cigarro, inhalando profundo aquel dulce vicio que domaba su carácter con la nicotina entrando en su sistema.

Era un mal hábito, lo reconocía, y hasta intentó dejarlo en más de una ocasión, sin embargo, no pudo hacerlo. Iba al gimnasio, se mantenía en forma, bebía suficiente agua, comía saludable, trataba bien a su cuerpo, pero en cuanto a dejar el vicio... No, no podía, menos en situaciones de estrés en el que su cuerpo necesitaba algún alivio para reprimir su ímpetu tempestuoso.

Fumó con tranquilidad, hasta que se acabó el cigarrillo. Estaba más relajado, pese a que, en su mente, no dejaba de pensar en lo satisfactorio que sería poner el vehículo en marcha y fingir que hizo todo lo posible para contactarla y simplemente Aurora no apareció, seguro que con el carácter endeble de su «hermanita» no renegaría y admitiría su culpa.

Chistó.

Sin querer, sus ojos se fueron a la silueta delgaducha de una mujer que trotaba a paso lento por la acera. Era una mujer alta, delgadísima, con el cabello oscuro y los hombros anchos que no poseía ningún atractivo a su forma de ver, aunque no pudo evitar verla gracias a que la mujer no dejaba de admirar su auto.

Cuando dobló para entrar al jardín delantero de la casa de Aurora, entendió que aquella delgaducha debía ser la amiga de su «hermanastra». Sin pensarlo, se acercó a la ventana del copiloto y le gritó para llamar su atención, volcando su ira en la chica que se giró para enfrentarlo y escuchó con atención su perorata y la amenaza que lanzó contra su amiga.

—Si no viene en un segundo... —prorrumpió casi sin aire, con las aletas de la nariz revoloteando como el vuelo de una mariposa delirante que no encuentra néctar del cual alimentarse.

Su respiración se agitó, habló tan rápido y dijo tanto..., su pecho subió y bajó con brío y sus ojos ardieron de ira, no se reprimió ni porque no conocía a la delgaducha.

Llevaba veinte minutos esperando a la «princesita», llamándola a cada momento, y ya no soportó.

Airado, aguardó resoplando de la emoción, mientras la amiga de su hermanastra lo miró tras parpadear unos segundos que se le antojaron eternos.

—De inmediato la traigo —fue lo único que respondió antes de adentrarse a la casa, cerrando la puerta frente a su cara o, al menos así lo sintió, pese a que la puerta estaba a metros de distancia de su nariz.

Bufó irritado.

Se pasó la mano por el cabello y respiró hondo, pese a que el ceño fruncido hablaba de su estado de ánimo. Negó con la cabeza y cerró las ventanas del auto, botando la colilla en el cenicero del coche. Encendió el aire acondicionado al máximo, necesitaba nivelar su temperatura, de lo contrario, le gritaría a su «hermanita» y entonces sí tendría un problema gordo cuando Christopher preguntara por las pestañas mojadas de Aurora.

Refunfuó al pensar en la única ocasión en la que vio aquellos ojos cristalinos, celestes, humedecerse cuando la ignoró en la primera navidad como familia; Aurora le regaló una camisa y él simplemente le agradeció con indiferencia, casi sin tocar el obsequio que ni se atrevió a abrir enfrente de todos.

Su padre lo amonestó esa noche, y alzó la voz al ver la caja que envolvía la camisa tirada en el

suelo de su habitación. Tuvo que tragar profundo cuando Christopher le hizo abrir la caja e ir a agradecer el regalo a Aurora. Al tocar su puerta, no esperaba que ella saliera y lo mirara con aquellos ojos traslúcidos y enrojecidos por el llanto. Se veía tan malditamente sensible que, lejos de sentirse mal, le molestó en sobremanera, en especial cuando rehuyó su mirada y sus manos jugaron con las mangas largas de su suéter sin forma que le hizo parecer más desvalida, como si fuese la víctima de toda aquella historia, y él una bestia.

Sacudió la cabeza, revolviendo su cabello que llevaba sin gomina y prendió la radio para escuchar cualquier canción.

No, no iba caer de nuevo como un tonto en los artilugios de Aurora para que la relación con su padre se resquebrajara, incluso cuando sabía que no era ningún artilugio y que su hermanastra no planeaba nada para hacerlo ver como un energúmeno, simplemente no quería sentir la opresión que vino cuando ella aceptó sus disculpas y le cerró la puerta en la cara o cómo se incrementó la opresión cuando un gemido femenino llegó hasta sus oídos y se dio cuenta que se equivocó al tratarla tan mal, pero de ninguna manera lo iba a reconocer, antes, se mordía la lengua solo.

Cerró los ojos por un segundo, y cuando los abrió, el chasquido de la puerta azotada le hizo girar el rostro y verla parada fuera del pórtico, exaltada gracias al golpe con el que Diana le cerró la puerta.

Se sentó mejor en el asiento, irguiendo la espalda, como si todo su cuerpo se despertara de un largo letargo, de forma instintiva. Sus ojos se fijaron en la rubia que se afianzó al bolso que cubría parte de su cuerpo, en su cabello mojado, en especial de las puntas, en su cara sin maquillaje, pese a que, desde la distancia pudo notar el sonrojo de sus mejillas, y el color succulento de sus labios, así como el celeste de sus ojos de mirada amable y temerosa que de inmediato reconoció.

Se le frunció el entrecejo y no pudo ver a la cría que conoció años atrás. No, esa no era la misma Aurora, aquella mujer tenía un cuerpo de infarto y una cara de muñequita que alteró su presión arterial, que envió sangre al sur de su anatomía, que calentó su piel y despertó a la bestia que rugía en su interior, pidiendo la sangre de la nivea piel de la pequeña rubia que se quedó quieta, impresionada y asustada, pegada al pórtico de la casa por unos segundos, sin poder moverse, como un conejito asustado por las luces de la ciudad.

Su erección brincó con fuerza, erguida como nunca lo estuvo. Su corazón galopó dentro de su pecho y sus ojos viajaron por aquellas piernas largas, desnudas, tersas, que se imaginó besándolas, mordiendo hasta llegar al vértice de su unión, donde seguro hallaría un tesoro con el que disfrutar durante horas, hasta escuchar sus quejidos, hasta ver su espalda arqueándose a causa de la pasión. Ascendió por las caderas turgentes en las que podría meter los dedos y tomarla por detrás. Tenía una cintura tan estrecha que solo lo impulsó a recrearse con la idea anterior de afincar sus dedos en su piel y arremeter contra su trasero. ¿Tendría un culo succulento para hacer juego con aquellas turgentes caderas y su pequeña cintura? Seguro que sí... Si su impresión no fallaba, tendría un trasero jugoso, respingón, un trasero al que nalguear hasta mancillar su piel tan clara que solo se veía más delicada con aquel vestidito de mierda que dejaba poco a la imaginación, pese a que, al cubrirse los pechos con el bolso solo pudo entrever el ligero escote que salía por encima del bolso cuadrado con el cual se estaba protegiendo, no obstante, lo poco que vio le hizo salivar. Era un escote de lo más pecaminoso, un escote que dejaba entrever dos tetas grandes, redondeadas, colmadas y exquisitas, como tanto le gustaban, en especial para meter su miembro entre las cumbres blancas y mover las caderas contra el canalillo diminuto que dejó ver la prenda. Sí, tenía las tetas tan juntas que se recreó con el ensueño que prometía su suavidad.

Su sexo le dio un tirón cuando alcanzó su rostro de angelito, cuando sus labios entreabiertos lo recibieron y su sangre bulló con desesperación. Era tan suave el color de su piel, y solo se aumentaba

con el tono claro del vestido que resaltaba su palidez, un contraste que por norma no lo hacía hervir, pero que al verlo en Aurora hizo palpar con más fuerza su corazón, hasta taponar sus oídos y desear besar los labios turgentes y rosados que mancillaría con su boca, con su lengua, con su cuerpo entero.

Pero no fue hasta que vislumbró aquellos ojos celestes, grandes, sumisos y tiernos que todo a su alrededor se detuvo, que la respiración se quedó atorada en su garganta, que se le secó la boca y el aire dejó de enfriar su piel.

—¡Mierda! —exclamó por lo bajo al comprender lo que estaba sintiendo, al saberse embrujado y excitado, como nunca lo estuvo, por su pequeña hermanastra, la misma mujer que hacía años le causó náuseas, de la que tanto rehuyó y la que no quería cerca.

La tierra volvió a girar, el aire golpeó su rostro, su mente era un hervidero de mil pensamientos que lo llevaron a tensarse, a irritarse con la estampa de Aurora, con la forma en la que, cogiéndose al bolso como si fuese su salvación, se acercó con pasos comedidos y sensuales en los que sus caderas lo llamaron.

Se le frunció el entrecejo con fuerza, su boca se volvió una fina línea y la ira ganó la batalla, pese a que la excitación mantuvo su cuerpo caliente y su polla erguida.

La detestó... En especial después de saber que no podía tenerla, que no podía jugar con ella, después de entender que ella no sería como Erika, que no podía abrir sus piernas para explorar la tersura que encubría la corta tela de la falda del vestido.

Aquella aseveración lo hizo girarse para mirar al frente, para olvidarse de observar a la rubia que cada vez se acercaba más, cortando sus latidos, enloqueciendo su cuerpo en anticipación, cuando sabía que no podía tocarla y que si lo hacía, solo terminaría con ella llorando, pidiendo un romance que no estaba dispuesto a darle a otras mujeres, y mucho menos a ella, no solo porque era su maldita hermanastra, sino porque seguía detestando la clase de mujer que era, y eso no iba a cambiar por su cuerpo, no se iba a modificar por más que ardiera en deseo por poseerla.

Es solo una niñata... —se recordó encrespado, apretando el volante con ambas manos, prometiéndose que no iba a tocarla y que, pese a las más de cinco horas que les esperaba de trayecto, no iba a dejarse dominar por sus instintos que le pedían someterla y explorar su sumisión. No, no iba a caer con esa mocosa.

CAPÍTULO 3

Nerviosa, caminó hasta el coche de Ian que, como su dueño, imponía con su grandeza resaltada por la pintura blanca que le hizo entornar los ojos cuando la luz del sol lo iluminó.

Tragó saliva con dificultad, con el corazón estallándole dentro del torso con cada latido, resguardado no solo por sus costillas, músculos y carne, sino también por el bolso que sostuvo contra su cuerpo.

Supo que, pese a sus esfuerzos y concentración, estaba volviendo a ser la niña que huía de la mirada fuerte e intimidante de su hermanastro. No lo pudo controlar. Quiso enderezar por completo la espalda, coger el bolso sobre su hombro y caminar con seguridad, agitando sus caderas como muchas veces hizo cuando estaba en las discotecas, practicando para tan temido día, porque lo cierto es que quiso parecer atractiva para Ian, quería que ya no la viese como la patética hija de su madrastra, que ya no la odiara por su carácter, por su timidez, no obstante, ni siquiera lo había visto y solo podía repetirse que no podía caerse enfrente suyo, que debía dejar de temblar como el revoloteo de un colibrí, que debía fortalecer su andar para no doblarse un tobillo y hacer el ridículo.

Se relamió los labios al estar frente al coche y, sin esperar a ser invitada, porque tuvo la certeza de que eso no iba a suceder, abrió la puerta.

El clima frío creado por el aire acondicionado golpeó su rostro sonrojado como mil esquirlas que erizaron su piel y espolearon sus pezoncitos pequeños escondidos tras el bolso.

Se mordió el carillo y trató de sonreír.

—Perdón por la tardanza, pero mamá me dio otra ho...

—Solo entra —cortó Ian su disculpa con la que trató de sonar segura, cordial.

Le tembló el labio al escuchar su frialdad, al vislumbrar su porte serio e indiferente. Ni siquiera la miró ni por un segundo.

Asintiendo, con una sonrisa forzada que rompió su corazón, hizo caso y se subió al coche, temblando ya no solo a causa del nerviosismo.

Quería huir, regresar a la comodidad de su casa, donde era una persona normal, donde no se sentía despavorida por el hombre más perfecto del mundo, el hombre más guapo y atractivo que alguna vez conoció y del que seguía prendada, pese a sus inútiles esfuerzos por emular un carácter más distante que la protegiera de aquel dios griego cuyos ojos azules estaban cubiertos por unas gafas de sol que no solo lo alejaban más, que lo mantenían en un pedestal del que no bajaba la mirada para observar a la chica que estaba a sus pies, rogando en su interior por algún afecto de su parte.

Se sintió patética y se reprendió por todas aquellas ideas que no eran compatibles con la mujer en la que se quería convertir.

Sacudió la cabeza, sentada en el asiento del copiloto. Cerró la puerta y bajó el bolso a sus pies para poder ponerse el cinturón de seguridad, en un acto más mecánico que consciente, aunque, cuando volvió la vista a Ian, sus ojos se quedaron pegados en sus nudillos blancos que sujetaban el volante y la palanca de cambios del vehículo, reprimido.

Está enojado.... —pensó, soltando el aire que retenía en los pulmones.

—De verdad, lo siento... Yo... —tartamudeó al verlo tan enfadado, paralizado en su asiento—. Mamá me dijo que vendrías más tarde, no...

—Cállate —reprendió por lo bajo, en un tono de advertencia que heló su sangre y la hizo pegarse al asiento.

Ian giró su cabeza por un instante, tan tenso que parecía un robot moviéndose.

—No hables, no te quiero escuchar, no te quiero sentir, ¿entiendes? —indicó con la voz ronca y sus ojos conectaron, los pudo sentir a través del cristal tintado de las gafas.

Le tembló el labio inferior, su corazón se estrujó con fuerza, quería morir en ese instante, correr a su casa y llorar. No podía con su frialdad, con su desinterés. Ella... ella lo amaba, lo quería como nunca pudo querer a alguien más, por más lamentable que fuese.

Tragándose sus emociones, asintió y sonrió sin más, forzando sus músculos faciales para parecer tranquila, normal, pese a que por dentro el piso bajo sus pies se desmoronó y le costó meter aire a los pulmones y no dejarse vencer por el mareo que revolvió su mente y estómago.

Sin más, Ian volvió la cara a la carretera y encendió el coche, poniéndose en marcha.

Bajó la mirada a sus manos enlazadas en su regazo, dejando que su cabello rubio y mojado cubriese parte de su rostro, agradeciendo los mechones largos que ocultaron sus ojos pinchados por mil agujas, con las cuencas colmadas de lágrimas no derramadas.

Era ridículo sentirse de aquella manera por alguien como Ian, pero no pudo evitar que sus emociones fuesen dominadas por sus palabras, por sus gestos distantes con los que demostraba su apatía y le afectara tanto, que la empequeñecieran al punto de sentirse de nuevo como la niña de quince años que fue.

Respiró hondo, alzó la cabeza y se quedó observando la ventana, tratando de distraerse con el paisaje relajante de la pequeña población rural en la que vivía en las afueras de la ciudad, recreando sus ojos con los árboles altos y floreados, con las casitas pintorescas de estructuras campiranas parecidas a la suya.

Tembló cuando el aire acondicionado terminó por enfriar su cuerpo, por bajar el calor de sus mejillas. Su piel se espoleó por completo y se abrazó por la cintura, sin embargo, no quiso abrir la boca para pedir que cambiase la temperatura del coche, ya no iba a molestarlo, iba a hacer exactamente lo que le pidió, sin importar su incomodidad.

Será un largo viaje —pensó, en especial cuando se dio cuenta que no tenía nada con lo que protegerse del clima ni mucho menos de esas miradas veladas que percibió, esas miradas con las que quemaba su piel con hielo puro.

* * *

En cuanto abrió la puerta y sintió el perfume dulce que emanaba su cuerpo, se tensó por completo. Escuchar su voz cantarina pidiéndole perdón hizo hervir su sangre y mandó mil proyecciones a su mente libertina, proyecciones con sonidos en el que su voz suave y femenina perpetraba sus oídos con pequeños gemidos mientras follaba su coñito que imaginó estrecho, suave y húmedo, así como la piel expuesta de su cuerpo.

Se afianzó al volante y a la palanca de cambios para no mirarla, para no respirar aquel delicioso aroma dulce, suave, a miel, vainilla y algo más que no reconoció y que deseó descubrir al pasar su nariz por todo su cuerpo delicado que lo invitaba a asaltarla y hacerla suya.

Su corazón retumbó con cada movimiento de su hermanastra, de la pequeña Aurora que se convirtió en mujer sin que él se diese cuenta.

La calló con un ladrido, su voz salió con una reprimenda sin proponérselo, pero no podía escucharla y no desear que su súplica se convirtiera en un ruego fogoso con el que le pidiera perdón por no dejarse follar en ese momento, desnudando su cuerpo curvilíneo dentro del coche y perforándola hasta correrse en su interior.

Mil imágenes de Aurora sollozando de placer le inundaron el cerebro y no pudo más que apretar con fuerza el volante hasta que sus nudillos palidecieron.

Su corazón estaba por reventar cuando, sin pensar, sin poder detener sus ojos, la admiró de soslayo. Desde sus piernas mullidas y firmes, esas piernas níveas y juntas que se descubrieron más cuando la faldita del vestido de mierda se subió y solo cubrió el vértice que guardaba esa parte de su cuerpo que más lo tentó en ese instante.

Subió por su abdomen plano y cuando bajó el bolso al suelo y pudo al fin ver sus tetas grandes, colmadas, redondas y... Todo estalló en su interior cuando vio sus pezoncitos erectos, apuntando al frente. Se quedó quieto, dejó de respirar, sus ojos fijos en las areolas rosadas que, gracias a la tela mojada del vestido veraniego de tela clara y delgada, pudo ver con claridad.

Su boca se hizo agua, pese a que sus labios se secaron. Quería.... Quería lamer sus perlas rosadas, estirarlas con sus dientes hasta oír sus gritos, hasta que explotase encima de sus cumbres blancas y pudiese follárselas en una *rusa* interminable, con Aurora en medio de sus rodillas, hincada, satisfaciendo su lascivia, cumpliendo ese deseo profano que despertó en cuanto la vio en el pórtico.

Se sintió violento, algo en su interior la reclamó. Su sangre corrió dentro de sus venas con furor, posesivo, exigiendo fusionarse con la piel de su hermanastra, tocarla, mancillarla hasta que no pudiese más.

Cuando habló, el espejo lujurioso con el que la estaba contemplando se rompió y sus ojos se quedaron en los celestes y angelicales de Aurora, destrozando por completo su interior, rogándole para que la sometiera como jamás deseó dominar a otra mujer, como nunca quiso hacerlo, porque sí, ¡mierda!, la quería sumisa, la quería bajo su cuerpo, admirándolo con sus ojos cristalinos, pidiendo que corrompiese sus curvas, su interior, que la follase con violencia, sin consideraciones, solo buscando su placer, y no solo quería el suyo, sino también el de la rubia que movía sus labios en cámara lenta, tartamudeando como creyó que haría cuando estuviese dentro de ella para implorar por más.

Tuvo que callarla, era eso o cogerla de la muñeca e impulsarla para entrechocar sus labios, para saborear sus apetitosos labios mullidos, rosados, como una fresa dulce y fresca, recién cortada.

Se giró para verla, tieso, no quería mirarla así, no quería devorarla, perderse en sus ojos, en su

cuerpo tentador, pero tuvo que hacerlo, tuvo que advertirla del terreno peligroso al que se estaba adentrando, de las arenas movedizas que puso bajo sus pies.

Tenía suficiente con soportar su aroma a miel, vainilla y ese almizcle que seguro lo volvería loco cuando descubriera de dónde provenía, como para soportar su voz cantarina, dulce, que parecían gemidos famélicos, que resonaba en sus oídos y lo sometían ante la necesidad de seguirla escuchando. Y ya ni se hablara de la tentación de su cuerpo prácticamente desnudo, cubierto por ese vestido que, con franqueza, solo provocaba el efecto contrario, no solo porque el cabello húmedo reveló el color de sus pezones, sino porque enmarcaba sus preciosas tetas que deseaba comer y mimar de una y mil maneras, la cubría tan poco que, lejos de guardar su cuerpo, lo exponía como la fruta prohibida que deseaba devorar una tras otra vez.

Gruñó la advertencia para hacerle ver lo alterado que lo tenía, pero de inmediato se arrepintió cuando los ojos celestes se fueron apagando más y más, cuando Aurora se encogió y su cuerpo se hizo diminuto, cuando, en lugar de verse como la mujer espectacular que vio en el pórtico, pese a la timidez que destilaba su naturaleza, se convirtió de nuevo en la chiquilla que le temía, algo que, lejos de irritarlo como siempre hacía, o sosegar su deseo, le hizo helarse de una forma diferente, una sensación amarga que carcomió sus entrañas, una sensación que lo incentivó a pedir perdón por sus formas y luego buscar la miel de sus labios de fresa, no obstante, selló su boca, mordiéndose la lengua y solo volvió la vista a la carretera, prendiendo el motor y poniéndose en marcha, jurándose no caer bajo el encanto de la pequeña y seductora rubia que lo tenía con la erección a tope, con cada una de sus venas colmadas de sangre caliente.

¡Joder!, será un largo viaje —se dijo molesto, en especial porque sus ojos no dejaban de verla, de admirar su cuerpo, de buscar sus amables pupilas que se enfocaron en la ventana y en el paisaje rural que le aburrió, que solo hizo que las ganas de detenerse, desvestirla y follarla para que su piel se volviese a sonrojar y sus ojos brillaran de nuevo, se intensificara.

Sí, deseaba a su hermanastra, la quería para sí como nunca anheló a otra mujer, la quería de una manera que se le antojó insana y difícil de contener, sin embargo, haría su mejor esfuerzo para no sucumbir a la tentación, para no olvidar que Aurora no era otra mujer más en un bar, no podía aprovecharse de ella como tanto le urgía su cuerpo, no podía hacerse con su boca, con sus succulentas tetas o su sexo húmedo, no podía rendirse al pecado de poseer su cuerpo, no solo porque era la hija de su madrastra, sino porque era Aurora, ¡joder!, que el cielo se lo tragara antes de caer con una mujer que representaba todo lo que detestaba del sexo femenino, que el infierno se abriera y lo devorara antes de tocarla, antes de ver su gesto enamorado, pidiendo una relación que no estaba dispuesto a darle.

CAPÍTULO 4

Pequeñas gotas de lluvia comenzaron a caer sobre el parabrisas del coche. Llevaban más de dos horas de trayecto, dos horas en las que casi no habían avanzado debido al tráfico con el que se encontraron antes de adentrarse a la interestatal.

—¡Joder! —bramó Ian, con la voz grave, peinándose el cabello con una mano, enfurecido con su propio cuerpo.

Pese al aire helado que mantenía a raya su calor, su temperatura interna no terminaba de descender, todo a causa de las ganas de probar el candoroso cuerpo de su hermanastra, ese cuerpo sentado a su lado, pegado a la puerta y que, pese a la lejanía con la que se mantuvo callada y circunspecta, con los ojos pegados al paisaje lóbrego que cada vez se oscurecía más, pese a que no era muy tarde, incluso con la separación que él mismo marcó, lo tentaba. Aurora lo seducía, no solo su cuerpo, todo en ella lo llamaba.

Sus ojos lo llevaron a repasar su figura una vez tras otra, a inspeccionar sus curvas femeninas, a relamerse con sus pequeños pezones que el frío del aire acondicionado no permitía descender. Su cabello se había secado, así como su ropa y podía percibir el ligero temblor en el cuerpo de Aurora. Sabía que estaba pasando un mal rato con el clima que propició, pero si subía la temperatura... No solo dejaría de ver sus deliciosos pezones a través de la tela del vestido, sino que su cuerpo la reclamaría con más fuerza, y a ninguno de los dos les convenía dar pie a algo que caería sobre ellos como una bola de nieve.

Trató de mantener su concentración en el tráfico, en los autos que pasaban a su lado, en los que rebasaba, en la voz del presentador del programa de radio que puso para pensar en otra cosa que no fuera el cuerpo de Aurora, en su preciosa carita que deseaba ver desmadejada a causa de los múltiples orgasmos con los que la quería hacer explotar en el más pecaminoso éxtasis, sin embargo, no pudo alejar su mente de ella, y no solo de sus curvas, sino también de la forma vehemente con la que lo estaba ignorando.

Se lo pidió, le pidió que fuese callada, que ni siquiera se moviera, pero... es que no parecía que estaba respirando. De no ser por el temblor ocasionado por el frío, creería que estaba dormida con los ojos abiertos. Esos ojos... ¡mierda!, esos ojos lo tenían con ganas de suspirar, de coger su quijada suave y hacer que se concentrara en él, que lo mirara, que le dejase ver sus iris celestes, resplandecientes, que le rogara con sus pupilas oscuras y dilatadas para que la convirtiera en mujer, su mujer.

¡Vaya tontería! —se dijo casi resoplando.

Encendió los limpia parabrisas. La lluvia comenzó a caer con fuerza, la niebla se elevó poco a poco, limitando su visión.

Mientras, Aurora no dejó de tiritar, de contener su mandíbula para que no le castañearan los dientes, para mantenerse pegada a la puerta, callada, sin siquiera mirarlo, más por miedo a que su enojo se volcara sobre ella que por gusto.

Quería... hablar, quería conocer su vida, saber qué hizo durante esos años, escuchar de sus

labios la razón de su mudanza a la ciudad, pese a que su madre le contó que era porque quería abrir una «franquicia» de la constructora de su padrastro en la ciudad. Quería saber si tenía pareja, si podía verla, al menos, como parte de su familia, solo quería... un poco de afecto, un poco de interés. Ni siquiera le importaba el hecho de que no estuviese intrigado por su vida, no creía que supiese qué estudiaba, o el hecho de que estaba por obtener una de las mejores becas de su carrera.

Aurora era tímida y reservada por naturaleza, incluso con los avances que hizo con Diana, seguía guardando parte de su vida para sí, sus pensamientos, sus inquietudes, en especial, su notable inteligencia que muchos solo conocían porque compartían estudios con ella.

Y, pese al remordimiento que pellizcaba su estómago para callarla, quería contarle a Ian sobre cómo estaba siendo esa nueva etapa de su vida, pero estaba claro que eso no provocaría ningún efecto positivo en su hermanastro.

Ian era tan... hermético... era tan cerrado, tan diferente a ella. Él no lo hacía por timidez, no callaba porque le costaba expresarse, sino porque no quería hacerlo. Pese a ello, conservaba con cariño las pocas veces que lo escuchó, que oyó la emoción prorrumpiendo en sus palabras cuando hablaba de algo que le gustaba que, por norma, se limitaba al trabajo. Muchas veces escuchó atenta las charlas que mantenía Christopher con su hijo, o las pocas palabras que lograba sacarle su madre cuando se sentaban a comer a la mesa, antes de que se mudara, o durante las fiestas luego de que él se independizó.

Y ese día, estaba tan arrebatadoramente atractivo... que su lengua picó más, curiosa por saber sobre Ian, por conocerlo. Llevaba puesta una camisa de botones blanca, arremangada a la altura de los codos, dejando ver el mapa de venas que eran sus antebrazos fuertes y masculinos, así como su piel clara y fría, sin rojeces, a diferencia de la suya que se coloreaba con una espantosa facilidad, delatando su sentir. Además, la camisa se le tensaba a la altura de los pectorales con cada profunda inhalación que daba, inhalaciones que perturbaban su cuerpo, que enviaban remansos de calor que alcanzaban su centro y le hacían morderse el carillo para no gemir.

Ian podía ser el hombre más sexual del mundo sin proponérselo, y estar encerrada en su coche hizo que lo notase demasiado para su propio juicio.

¿Cómo podían quedarle tan bien los vaqueros oscuros desgastados? Iba vestido como cualquier otro hombre que se pudiese imaginar, pero en Ian las prendas cogían un aire retador, oscuro y tentador, y, pese a lo intimidada que estaba por su amenaza, su voz y gestos enfurecidos, su cuerpo reaccionó a su anatomía masculina, a su rostro viril con esa barba poblada por la que quería pasar las manos, a esa punta de nariz recta que quería besar, así como sus labios delgados que relamía cada tanto, dejando una capa brillante de humectación que deseaba probar con sus labios.

Sí, no podía negarlo, quería besarlo, quería tomar su mandíbula cincelada por una macabra deidad, acariciar su barba que haría cosquillas contra sus palmas y besarlo despacio, degustar su sabor, sus labios, tocar su lengua y masajearla con la suya, quería sentirlo, quería apreciar el calor de su cuerpo rodeándola, sus manos recorriendo su piel, quitándole el vestido por encima de la cabeza para descubrir sus curvas. Quería ver su expresión cuando observase su cuerpo lleno de montes y valles sinuosos, que las yemas de sus dedos buscaran sus pezones, que calentara su sangre hasta convertirla en magma.

Se había tocado en múltiples ocasiones pensando en aquel idilio, en la forma en la que su hermanastro la tomaría, con delicadeza y pasión, con sus labios masculinos explorando su silueta, para después, adentrarse con calma en su interior.

Aquellas imágenes que trataba de reproducir con sus manos finas le hicieron removerse en el asiento, apretando los muslos para contener las sensaciones acuciantes que la sobrecogieron.

Sí, se masturbó con sus dedos adentrándose en su carne, imaginándose que sería la dureza de Ian, pero sabía que eso solo era un sueño, que el Ian de su cabeza nada se parecía al gruñón que siempre la miraba por encima del hombro, como si de un insecto se tratase.

Incluso así, estaba enamorada del Ian real, no estaba segura del porqué, ya que no solo le parecía atractivo, había algo en su fuerza, en su arrojo, en su masculinidad, en su semblante, que la enloquecía sin remedio. Quizá porque era asertivo, porque podía desenvolverse con soltura frente a otros como siempre quiso hacerlo ella, o porque proyectaba una increíble confianza en sí mismo, en su actuar, que la embrujó desde que lo vio entrar al restaurante en el que se conocieron.

A lo largo de los meses que vivieron juntos, aquella sensación de ver a un hombre con muchos defectos, sí, pero también con virtudes de lo más loables, la hizo caer rendida a sus pies, y si todo eso quedaba aderezado por lo prohibido de su sentir...

¿Para qué negarlo?, le prendía que fuese su hermano, bueno, hermanastro. Muchas veces, en sueños, lo escuchaba susurrando en su oreja, llamándola «hermanita» al tiempo que se metía en lo más profundo de su intimidad, perforando no solo su cuerpo con esa simple palabra, sino también su vagina con su mástil enhiesto.

Era una quimera deliciosa y, en ese instante, encerrada a su lado, colmando sus fosas nasales con su perfume masculino que olía a limpio y fresco, no pudo dejar de pensar en lo excitante que sería hacer realidad su fantasía más pecaminosa.

Aunque..., eso era imposible. Para Ian siempre sería un estorbo. Su incomodidad, pese a que trató de mantenerse callada, quieta y alejada de su lado, era palpable, al punto de hacer evidente su respiración embravecida. Además, cuando se quedaron atascados en el tráfico lo escuchó murmurar una maldición en la que la culpó por la tardanza.

Y la lluvia no estaba mejorando la situación. Cada vez caía con más fuerza, oscureciendo alrededor, al punto de que Ian tuvo que aminorar la velocidad e ir más despacio para no chocar con los coches que seguían corriendo pese a la poca visibilidad, pese a la bruma que los rodeaba, aumentando la tensión en sus cuerpos, y creando un ambiente más íntimo y atrayente.

El aliento de Aurora opacó el vidrio de la puerta y esta sonrió con la idea pueril de hacer un corazoncito.

La bragueta de Ian se estiró con fuerza al ver su tierna sonrisa, la forma en la que sus labios rosados y mullidos se curvaron con sensualidad le hicieron tensarse por completo.

Contuvo la respiración cuando los ojos celestes brillaron y un pensamiento pasó por su mente libidinosa en la que la vio arrastrando el vaho con la mano cuando la llevara al éxtasis, cuando sus cuerpos al fin se conectaran y la follara como era debido.

¡Joder, eso es del Titanic! —pensó con amargura, entendiendo que no solo era un pensamiento lujurioso, sino romántico, una idea que no iba en absoluto con su forma de pensar, de moverse.

Le urgía detenerse, domar su boca y hacerla suya de una forma salvaje, nada de miramientos románticos, solo dos cuerpos enredándose en un pasional baile que los arrastraría al abismo. Sí, eso quería.

Cerró los ojos por un segundo, sopesando la idea de detenerse en el carril de emergencia, aprovechar la intimidad de la niebla y cumplir su fantasía. Creyó que, si la hacía suya por una vez, quedaría satisfecho con el cuerpo de su hermanastra y la podría soltar, podría dejar esa absurda idea de hacerla su mujer, solo tenía que darse cuenta de que era un cuerpo más, un cuerpo de lo más apetitoso, pero no más que eso.

Pasó la lengua por el filo de sus dientes, considerando las alternativas, con la respiración cada vez más violenta, hasta que el sonido de su móvil lo abstrajo de su mente, volviéndolo no solo a la

realidad, sino al mundo de los pensantes en el que se dio cuenta del hilo estúpido de pensamientos que tuvo por «culpa» de su sonrisa.

Se puso el *manoslibres* con una mano y respondió al segundo.

—¿Hijo? —escuchó la voz de su padre distorsionada por la mala señal.

—Sí —respondió con el monosílabo, con un poco de hosquedad que no era más que el resultado de su frustración de comprender que no podía ni siquiera soñar con follar a su «hermanita», sin que eso significase adentrarse más en las arenas movedizas.

—¿Has salido ya de casa de Aurora? —preguntó con preocupación.

—Desde hace más de dos horas, ¿por? —quiso saber intrigado, olvidando por un segundo que los ojos celestes lo buscaron al entender que estaba hablando con Christopher.

Tragó con dificultad al sentir la mirada femenina e interesada.

—No viste el pronóstico del clima, ¿verdad? —volvió a inquirir su padre y, a lo lejos, escuchó su latente preocupación.

Resistiéndose al encanto de los ojos celestes, puso toda su atención en estacionarse en el carril de emergencia, encendió las intermitentes y suspiró al comprender que estaba pasando algo más...

—No, no lo vi. —Resopló por lo bajo, peinando su cabello.

Antes de que pudiese prestarle atención a la ceja alzada de la pequeña rubia que iba a su lado, demandando una respuesta a su inquietud, Christopher le notificó el estado en el que se encontraba el clima en el Estado contiguo, el que tenían que atravesar para llegar a casa y finalmente separarse.

—Deberían aguardar en un motel de paso, al menos por esta noche —indicó su padre con pesar, sentado sobre el sillón reclinable de la sala, con el televisor encendido en el canal de noticias donde aparecían las imágenes de los ventarrones que estaban asolando al Estado contiguo. Fuera, las ventanas eran golpeadas por la tempestad, la tormenta estaba sometiendo al país entero, no solo era un Estado.

Al lado de Christopher, una angustiada Laila le rogaba para que le dijera a los «chicos» que se quedaran resguardados en algún lugar.

—Quizá sea mejor que dé media vuelta y regresemos... —conjeturó Ian, pensativo, calculando todas las posibilidades, pese a que se negó ver la opción que le dio su padre, de ninguna manera iba a llevar a Aurora a un motel.

—No creo que eso arregle nada, hijo...

El viento aumentó la potencia, moviendo el coche. La niebla se elevó con cada segundo, haciendo más difícil observar la carretera. Un coche pasó a su lado, tan cerca que el silbido del aire hizo que un grito asustado saliera de los labios apretados de Aurora.

Sus ojos siguieron su gemido y la vio temblando con fuerza sobre el asiento, observando alrededor con temor, con los dientes castañeando, y supo que no solo era por el frío que mantenía dentro de la camioneta.

Dejó de respirar al ver los ojos celestes bien abiertos que admiraban el movimiento violento de las ramas de los árboles cercanos que apenas se veían a través de la espesura blanquecina que los rodeaba.

Suspiró y algo en su interior se conmovió al verla, al saberla tan asustada. Desde hacía varios kilómetros se quitó las gafas de sol, no solo porque la tarde cayó, sino porque la visión en la carretera se fue cerrando con la lluvia y luego con el viento y la niebla.

No, no podían seguir, no solo por el clima, sino por ella.

Maldijo por lo bajo, seguro que aquello no traería nada bueno, que estar junto con ella una noche entera, sin la vigilancia de sus padres, no sería bueno para su apetito sexual, para esa creciente

necesidad de hacerse con el dulce cuerpo de su hermanastra a la que quería calmar a base de arremetidas, de espectaculares y múltiples orgasmos.

No, esa noche oscura y tormentosa no iba a traer nada bueno.

Tras carraspear, le avisó a su padre que buscaría un lugar donde pernoctar y que ya por la mañana decidiría si volver, ya que estaban más cerca de su casa que de la de sus padres.

CAPÍTULO 5

Estaban por llegar al motel más cercano que encontraron. Tuvieron que buscar con el GPS un lugar para poder pasar el resto de la noche. Desde la llamada, pasaron dos horas más, dos horas en las que condujo «a vuelta de llanta», tan despacio que se desesperó, en especial porque tuvo que bajarle al aire acondicionado al ver que Aurora temblaba con violencia.

Se regañó mentalmente por haber sacado todas sus chaquetas el día anterior, cuando llevó el coche para que lo lavasen a profundidad, ya que lo tenía muy descuidado gracias a la construcción que estaba supervisando y a las mil vueltas que daba para que la nueva sede de la empresa estuviese en orden.

Esas últimas dos horas fueron... complicadas. El aroma de Aurora se metió en su sistema con fuerza, la miel y la vainilla combinadas en su piel espolearon el calor en su cuerpo, así como su erección. Jamás le duró tanto una erección. Por más que quiso pensar en estupideces a fin de calmar sus ansias de poseerla, no logró ni un solo avance. Se sintió como un adolescente, un pringado hormonal que no sabe contenerse.

Si tan solo la follara una vez —se repitió como una letanía, pese a que sabía que eso no podía ser.

Para colmo, necesitó de su ayuda para ubicarse con el GPS ya que la señal fallaba en múltiples ocasiones y Aurora tuvo que servirle de guía para no apartar los ojos de la carretera y evitar las ramas de los árboles que se agitaban con furia y más de alguna se desprendió ante la tempestad. Tampoco mejoró la situación que la niebla inundara todo a su paso, que limitara su visión a solo unos metros de distancia, emborronando la carretera casi por completo.

Los coches dejaron de adelantarse, incluso parecía que se quedaron solos en la carretera.

—Quizá deberíamos detenernos en el carril de emergencia —sugirió Aurora con timidez, después de dar un respingo cuando una rama golpeó el techo del vehículo y la lluvia arreció con más brío.

La miró de soslayo, considerando la idea. Sí, se iba a detener para coger su muñeca y jalarla hasta tenerla a ahorcadas sobre su polla, para quitarle ese ridículo vestido que se pegaba a su piel, que mostraba sus deliciosas tetas con descaro desde el escote en el que pudo admirar el canalillo delgado, la pesadez con la que caían sus mamas pese a la firmeza de estas que casi desafiaban la ley de la gravedad, hasta caer en la redondez, en esa forma de gota colmada que solo lo impulsaba a coger sus tetas desde abajo y elevarlas para degustar sus pezones de los que tenía muy presente el color rosado claro.

Tragó saliva al contemplar el cuerpo de Aurora girado hacia su lado para poder verlo. Lo observó con la ceja alzada y los ojos cristalinos, celestes, grandes y luminosos, esa maldita mirada lo llevaba mortificando desde hacía varios minutos, desde que le pidió ayuda para seguir conduciendo sin tener que ver el móvil a cada momento.

Por si eso fuese poco, sus piernas se movieron en diagonal y pudo admirar sus muslos prietos y llenos por los que sus manos cosquillearon. En aquella postura atenta a sus designios, se veía más arrebatadora, en especial porque parte de sus barreras cayeron y estaba enfocada en él, y solo en él, algo que le fascinó. Lo supo desde que comenzó a hablar para darle indicaciones: estaba encandilado

con su sumisión, con sus ojos grandes, expresivos y enamoradizos que lo observaban con cuidado, que prometían rendirse a sus pies.

Aurora era tan transparente que agitó todo su ser al revelarse ante él, al hacerle ver que lo deseaba de una manera a la que prefería no darle el nombre real.

Sí, si se detenía la atacaría, si dejaba de tener parte de su atención puesta en el camino, se inclinaría sobre ella y, como el cazador que llevaba en su interior que ya no le pedía jugar con otra hembra alfa, sino que quería probar las mieles de la piel de la ovejita de ojos celestes, la atacaría sin reparos. La besaría, amoldaría sus cuerpos, pegaría su espalda al asiento, le arrancaría el vestido y la sometería a su lujuria sin reparos, solo dejándola gemir para que su erección se metiera entre sus pliegues y lo dejara vaciarse en su interior, porque sí, tenía la necesidad imperiosa de marcarla con sus fluidos, de dejar el aroma masculino de su cuerpo en la piel suave y tersa que cubría las curvas femeninas de su hermanastra.

Quería oírla gemir, lloriquear y perder la voz cuando alcanzara el orgasmo, cuando la llevara una y otra vez al cielo y él cayera en el más profundo infierno donde se quemaría por Aurora.

¡Era una locura!

Suspiró después de varios minutos en los que siguieron avanzando a paso de tortuga. Aurora no dejaba de temblar, pese a que se estaba abrazando con más fuerza.

No, ya no era tan divertido su estado, ya no le excitaba ver sus pezones que comenzó a cubrir al abrazarse con las manos para darse calor.

—¿No llevas más ropa? —preguntó tosco, casi en un bramido, pese a que no fue su intención sonar tan autoritario y grosero.

Un gemido quejumbroso salió de la boquita de fresa de Aurora, quien miró el sencillo bolso que Diana preparó para ella, donde no había nada con lo que cubrirse, de hecho, lo único que logró meter dentro fue su cepillo de dientes y el pequeño para el cabello que siempre tenía dentro. Diana ni siquiera le puso unas bragas. Fue hasta que sintió su trasero helado que se percató que no logró ponerse ropa interior, el nerviosismo era tal, que no lo sintió antes, no previó su desnudez bajo el vestido, estaba tan concentrada en Ian, en su enojo, que se olvidó de lo demás.

—No. No preparé nada y como tenía ropa en casa de nuestros padres... —respondió por lo bajo, avergonzada.

Ian gruñó.

—No puedo bajar el aire, de lo contrario, se va a empañar el vidrio —indicó molesto consigo mismo, pese a que no entendió el porqué.

Aurora asintió y le regaló una sonrisa sincera.

—Tranquilo, ya estamos por llegar, seguro que me podré abrigar en el hotel —comentó para calmarlo, cantarina, ilusionada con su evidente preocupación.

Un rayo eléctrico lo atravesó al escucharla, al oír ese nuevo tono en su voz con el que nunca le había hablado. Su voz era tan femenina y sensual que crispó su piel, que envió un tirón directo a su erección.

Se mordió la lengua para no decir cualquier cosa inapropiada, o peor...

En silencio, rogó para llegar al motel, pedir dos habitaciones y poder masturbarse como tanto le urgía, tal vez llamaría a Erika para tener sexo telefónico, preferiría el real o una videollamada, pero, visto la tormenta que asolaba el país entero, dudó que pudiese hacerlo, la señal era tan mala que lo más probable es que apenas escuchara a su «amante», sin embargo, la otra opción era imaginar cualquier cosa que ayudara a domar a la bestia en su interior, y estaba seguro que eso lo llevaría a pensar en las curvas de su hermanastra, en su cuerpo pecaminoso sometido por el suyo, en lo dulce

que sería probar su piel, su néctar que se derramaría en su boca, en su lengua.

Sacudió la cabeza y tensó la espalda.

—A la derecha en esa curva —señaló Aurora, abstrayéndolo de su mente.

La miró por un instante, miró esa sonrisa taimada con la que advirtió el letrero del motel que brillaba pese a la neblina.

Respiró hondo, en poco tiempo estaría acostado en una cama, desnudo, con su mano firme sobre la polla, masturbándose, solo buscando el placer más obscuro, un placer carnal que llevaba negándose durante esas casi cinco horas que duró su recorrido, encerrado con su aroma, con su voz excitante, con su cuerpo exuberante, con sus formas dóciles que lo derretieron desde el interior, que despertaron un lado de su personalidad que lo atemorizó, que lo puso alerta, y que deseó explorar con su hermanstra.

Sí... su hermanstra... Comenzó a gustarle aquel apelativo, más por el posesivo «su» que por la relación filial.

CAPÍTULO 6

Tras dar unas vueltas por el estacionamiento, logró encontrar un lugar vacío. Se estacionó y apagó el vehículo.

Ya casi —se dijo, cerrando los ojos por un segundo.

Quitó la llave del contacto y se giró para observar a Aurora que, pese a que el aire acondicionado estaba apagado, no dejó de temblar, abrazándose en una actitud entre protectora y tímida, aunque sus ojos brillaron más que nunca. La admiró por un segundo en el que su corazón se detuvo y su estómago dio un vuelco.

Aurora estaba realmente preciosa, arrebatadora, cualquier hombre caería rendido a sus pies al verla, no solo por su cuerpo de lo más lascivo, sino por su rostro iluminado, por sus facciones de muñeca que disolvieron su sangre, por su expresión delicada y por el brillo en sus ojos celestes que lo arrastraron hasta su luz.

Inhaló, colmando sus sentidos con su perfume y dejó salir el aire para soltar esas sensaciones, prometiéndose alejarse de Aurora luego de aquel viaje. A ninguno de los dos les convenía la tensión fluctuante que despertó ese estúpido viaje que solo los obligó a convivir y descubrir algo que debía enterrar desde ese momento.

—Voy a preguntar por las habitaciones, espera aquí —indicó con premura, para después, sin mediar más palabras, pese a que la boca de fresa se abrió, bajar del coche con prisa.

Cerró tras su espalda y la lluvia le caló los hombros, la cabeza y el pecho. Miró hacia todos lados, creando una visera con su mano para ver mejor entre la lluvia. Tenía que encontrar la recepción del motel y averiguar si tenían habitaciones disponibles.

Caminó un poco entre los coches, pero no pudo avanzar más cuando el portazo de la puerta lo alertó y se giró en un acto mecánico.

La vio bajo la lluvia, temblando, apretando su bolso a su costado, empapándose.

—¿Qué haces? —gritó molesto, sin apartar los ojos de su silueta cada vez más húmeda, de las gotas de lluvia gruesa que empapaban sus pechos y transparentaban más y más el vestido.

Tuvo que tragar con fuerza y se obligó a moverse para cogerla de la muñeca y correr hasta un lugar seguro para resguardarse de la lluvia.

* * *

Le hubiese gustado aguardar, dentro tal como se lo pidió, pero la oscuridad de la noche, el viento silbando y levantando ramas secas y la basura afuera, así como los vidrios que se opacaron, hicieron que su miedo creciera, que necesitase salir del coche con urgencia y seguirlo, desobedeciendo su orden.

Se bajó sin pensar, solo cogió su bolso porque casi se tropieza con él. Fuera, se quedó parada al lado del vehículo sin saber qué hacer, hasta que él se giró y entonces todo dejó de tener sentido. Su miedo se evaporó como por arte de magia, la lluvia dejó de enfriar su cuerpo y la sangre bulló en su interior, su piel cosquilleó.

Ian... Estaba mojado... Su cabello oscuro se pegó a su frente, desordenado, en especial cuando se lo quitó de la cara casi sin notar la acción, revelando sus ojos oscurecidos, su boca entreabierta, su rostro masculino por el que descendía gotas de agua que lo hicieron parecer el modelo de una anuncio sensual y, como si eso fuese poco, la camisa la tenía pegada al torso, desvelando sus pectorales fuertes, definidos, blancos, con un ligero vello fino y corto que decoraba su torso hasta bajar por sus abdominales hechos una tableta de chocolate.

Perdió la capacidad de hablar, de responder su pregunta, de respirar.

Cuando la cogió de la muñeca su sangre pareció evaporarse de su cuerpo de lo caliente que se sintió. ¿La había tocado antes? Lo dudó, nunca tocó su piel, no realmente y, en ese instante, fue todo lo que percibió.

Lo siguió, corrió tras Ian hasta que entraron en el pasillo externo del motel que rodeaba todas las habitaciones y la recepción, la única estancia con las luces fuertes que iluminaron alrededor gracias a las cristaleras grandes que dejaban ver su interior.

Distraída en su espalda grande, en sus hombros anchos que gracias a la lluvia podía apreciar a cabalidad, no vio cuando Ian se detuvo y se estampó contra su cuerpo masculino.

Ian se giró al sentir su calor en la espalda, sus manos delicadas creando cosquillas en su columna vertebral, quemando su ser.

—¿Estás bien? —preguntó sin pensar, pese a que su ceño se frunció y se mordió la lengua al verla. Era más pequeña de lo que recordaba, apenas le llegaba a los hombros, y eso que calzaba sandalias de tacón. Su cabello rubio pegado a su cara, enmarcando sus facciones angelicales, su vestido empapado y transparente que permitía apreciar su piel.

Tragó con fuerza al vislumbrar sus tetas llenas. Estaba casi desnuda. No quiso bajar la vista por miedo a descubrir que sus braguitas estaban empapadas, si lo hubiese hecho, habría visto que no llevaba nada por debajo.

Suspiró, negó y se giró para entrar a la recepción y pedir las habitaciones, controlando esas ansias repentinas que atravesaron todas sus terminaciones nerviosas, incitándolo a tomarla en ese momento, a llevarla contra la primera pared y desnudarla como un cavernícola, desgarrando la tela blanca del vestido para devorar su cuerpo con las manos, con la boca y con su virilidad que latió con fuerza. Se sacudió el cabello, así como las sensaciones calientes que consumían su cuerpo, abrió la puerta de cristal y se adentró en la recepción caliente que olía extraño, entre limpio y húmedo.

El recepcionista era un chico joven, apenas mayor de edad, estaba jugando con una consola de videojuegos portátil.

Aurora no se quedó atrás y lo siguió, pegada a su espalda, agarrada a su camisa con una mano, separando la tela húmeda de su piel. Se aferró al bolso, pasándolo hacia adelante, cohibida, con la

imagen de los ojos azules admirándola, preocupados, preguntándole si estaba bien.

Nunca se interesó por su bienestar, nunca... El corazón le estalló, ni siquiera le dio tiempo a responder, pero ¿lo habría logrado de cualquier manera? No, estaba congelada, y no por la lluvia, sino porque aquellos ojos que deseó ver más de alguna ocasión, con los que soñó mil veces, estaban en ella, repasando su cuerpo, preocupados... Cuando Ian se giró, lo siguió sin pensar. Aurora no era consciente de la forma en la que el vestido se pegó a sus curvas como una segunda piel, ni siquiera registró la alteración en Ian, la forma en la que sus músculos se tensaron y admiró sus senos, sus ojos solo se quedaron con la forma en la que el brillo de las luces hizo resplandecer el azul de sus iris.

—¿Tiene habitaciones? —preguntó Ian, parado frente al pequeño escritorio de la recepción, llamando la atención del chico que, sin importar el viento asolador, la lluvia torrencial o las personas frente a él, jugaba sin levantar los ojos.

—Sí, queda una... —respondió el chico, señalando la única llave colgada en el tablero de corcho que tenía a su espalda.

Ian alzó la mirada y registró el tablero. Sus hombros se hundieron cuando el peso de la situación perpetró en su mente y mil imágenes se agolparon en su interior, calentando y mortificando su cuerpo a partes iguales, de por sí, gracias a la lluvia su erección descendió lo suficiente para que no le costara moverse, y ver a Aurora completamente empapada le hizo dar un brinco a su miembro goloso que gritaba para entrar en su hermanastra, pero saber que solo había una habitación... Eso era demasiado.

—¿No tendrás más habitaciones, cualquiera? —inquirió inquieto.

El chico levantó la vista de su juego e Ian tuvo la necesidad de cubrir el cuerpo de Aurora con el suyo, de una forma protectora que pasó desapercibida para el recepcionista del motel, pero no para la pequeña rubia que se aferraba a su camisa y a su bolso, tiritando, pese a que sus mejillas se colorearon y sus rodillas flaquearon.

Ian... la estaba protegiendo, estaba siendo un hombre completamente distinto al que conocía, pese a que no estaba segura de sus razones, estaba fascinada con la forma en la que la estaba cuidando, incluso si era gruñón, como cuando le preguntó si llevaba más ropa.

—Mire, señor, solo hay una sola habitación. No tengo más. La toma o la deja —indicó el chico, categórico, fastidiado porque tuvo que pausar su juego para atender a ese sujeto grande como un leñador y molesto como un toro embravecido.

Las aletas de la nariz de Ian se movieron al respirar profundo. Sus ojos se entornaron y retó con la mirada al chiquillo que no se espantó en absoluto.

Estaba irritado, más por su mala suerte que porque el niño le hubiese respondido de aquella manera.

¡Joder!, ¿cómo cojones se iba a quedar en una habitación con Aurora?

Bufó.

—Bien, dámela —pidió entre dientes, con la voz grave.

El chico sonrió, sintiéndose el ganador de aquella lucha con el leñador que más parecía una versión del David de Miguel Ángel, con la gran diferencia de que las facciones del leñador eran más angulosas, menos delicadas.

Cogió la llave del tablero y, tras el breve registro, Ian se giró con rapidez y tapó a Aurora con su cuerpo para que el crío no viese su desnudez, porque la única prenda que la cubría no hacía su trabajo. La pegó a su torso, tomándola de los brazos y la sacó de la recepción. No se dio ni cuenta de que el chico ya estaba jugando desde que tomó la llave con un movimiento rapaz, sin interesarle la parejita tan peculiar.

Fuera, Ian no la soltó, en su lugar, buscó su mano y la arrastró hasta la habitación ubicada en el segundo piso. Tuvieron que subir las escaleras, Aurora corría tras su sombra. Un paso de Ian era dos o tres de Aurora.

Pese al apuro con el que la arrastraba, una sonrisa muy grande estiró sus labios y se dejó llevar por su hermanastro, encantada con el calor que unía sus manos, que creaba un delicioso hormigueo en su piel, que caldeaba su centro y le hacía olvidar el inclemente clima que revoloteaba su cabello, que mojaba su rostro cuando la lluvia se inclinaba gracias al viento.

Al llegar a la habitación, la soltó para abrir el cuarto y se adentró sin decirle nada. Buscó el interruptor y al encenderse la luz, sus músculos tensos se hicieron mil nudos.

Sí, como temió desde que le dieron la llave, la habitación era de una sola cama, una cama grande, con sábanas limpias que, para ser un motel de carretera, parecía bastante pulcro, de hecho, le asombró verificar la limpieza del lugar, incluso olía a químicos astringentes. La cama parecía mullida, cómoda, con las sábanas blancas bien extendidas y almohadas suficientes. Tenía dos cómodas pequeñas a los lados y un televisor enfrente. A la izquierda, la puerta del baño estaba abierta y con una simple mirada pudo vislumbrar un baño bien aseado.

Las imágenes se agolparon con fuerza en su psique, esas imágenes que pulularon en su mente desde que vio a Aurora en el pórtico de su casa, desde que descubrió el color de sus areolas, desde que la sintió cerca contra su pecho, tibia al contacto, con la piel suave y...

Resopló y entró a la habitación dando grandes zancadas hasta llegar al otro extremo del cuarto y se sentó en la cama sin volver a verla, porque temió atacarla si lo hacía.

Estarían encerrados en la habitación al menos esa noche, o hasta que pudiese ver la carretera, con un poco de fortuna, para la mañana ya estaría más visible la calle y no correrían el riesgo de morir en un accidente.

Su suerte empeoraba a cada segundo.

Consideró las posibilidades. Podía dormir en el coche, reclinar el asiento y dejarle la cama a Aurora, o simplemente dormir en el suelo, lejos de su calor, del aroma de su piel, de la suavidad de sus curvas, de... de ella. ¿Sería suficiente si solo se alejaba? No.

No podía dejarla sola en la habitación, algo podía sucederle, tal vez alguien la vio cuando subieron, con ese vestidito de mierda que no cubría nada, y quizá algún morbosos se acercaría. Aquella idea le erizó la piel, sus dientes rechinaron al apretar con fuerza la mandíbula y descartó la idea. No, no la iba a dejar sola a su suerte, las posibilidades de que alguien entrara a la habitación y le hiciera algo a su hermanastra eran bajas, casi nulas, pero no se iba a arriesgar, Aurora era demasiado llamativa para no considerar el peligro.

Dormir en el suelo..., quizás esa era la mejor alternativa, aunque su espalda ya no era la de antes, los excesos que vivió cuando era más joven destrozaron su espalda y ya no podía dormir en cualquier lugar.

Resopló, cansado, excitado y ofuscado.

Lo mejor sería no pensar en nada, poner la mente en blanco y rogar para que la cama fuese lo suficientemente grande.

—Deberías ducharte, coger calor con un buen baño —advirtió desabotonándose la camisa, para quitarse la tela mojada que se pegaba a su piel.

Se levantó sin mirarla, pese a que sintió sus ojos cristalinos en la espalda, rogándole para que la observara. Se acercó al calentador de la habitación y se terminó de quitar la camisa poniéndola encima para que se secara.

* * *

Aurora lo siguió dentro de la habitación, anhelando el contacto de su mano, de su calor, de esas deliciosas cosquillas que pusieron su vello en punta. Esa simple caricia la encendió, arreboló sus mejillas y sus botones rosados rogaron por las yemas calientes, firmes, y hasta un poco callosas, de sus dedos.

¿Cómo podía ansiar una sensación que nunca sintió?

La puerta se cerró tras ella y dio un respingo de la impresión, antes de quedar hipnotizada por su hermanastro.

Verlo alejarse sin prestarle atención hizo que su estómago se hiciera un nudo. No estaba segura del porqué le quemaba su lejanía, pero lo hizo.

Cuando le pidió que se fuese a duchar, dejó salir el aire. No quería ducharse, pese a que su cuerpo comenzaba a congelarse, no quería alejarse, sin embargo, decidió hacerle caso, al final, no quería enojarlo, ya no iba a poder soportar que volviese a ser tan antipático como antes.

Lo vio levantarse y quitarse la camisa. Se quedó sin aliento al ver su espalda sin nada que la cubriera. Era... perfecto. Sus músculos bailaban con cada movimiento, con la elongación que hizo para poner la camisa sobre el calentador, y cuando se estiró, cuan alto era, sacudiendo su cabello húmedo, le pareció la estampa más masculina y arrebatadora que alguna vez pudo apreciar.

—Ian... —musitó tan suave que no la escuchó.

Cerró los ojos, reprendiéndose por su desvarío en el que quiso buscar su calor, en el que quiso acercarse, abrazarlo por la espalda y decirle la verdad sobre sus sentimientos, confesarle que lo deseaba, que lo amaba, que quería que la hiciera mujer, que se metiera entre sus piernas y la sometiera como más le placiera, sin importar si sería duro y agresivo, o suave y delicado. ¡Por todos los santos, era Ian!, él podía hacerle lo que quisiera y lo disfrutaría con intensidad.

Negó con la cabeza y se metió al baño sin decir nada, cerrando la puerta a su espalda.

Sin pensar, sin verse si quiera en el espejo, se quitó el vestido y los zapatos. Desnuda, se metió a la ducha. El agua fría cayó sobre su espalda, tensándola, pese a que logró el objetivo de sosegar su sistema, ese que se estaba sobrecalentando por él, por Ian, por el hombre de sus más ardientes sueños.

Lo deseaba tanto, que tenía los muslos empapados con su esencia.

Se mordió el labio inferior y se prometió ser fuerte. Se acercaron durante el viaje, no podía retroceder por su enamoramiento pueril, pese a que a cada segundo dudó más si seguía amándolo como la primera vez o si sus sentimientos mutaron al madurar, fortaleciéndose.

Si era así, estaba perdida...

CAPÍTULO 7

Volvió a la cama y se quitó los zapatos, los calcetines y los pantalones antes de sentarse. Los tenía mojados, pero no tan húmedos como la camisa. Al menos Aurora estaba lejos en ese momento, de lo contrario, se hubiese dado cuenta de lo sobresaltado que lo tenía, de las ganas que corroían su cuerpo, irguiendo su dureza.

Tenía esos minutos para serenarse, para hacerse a la idea de que dormirían juntos, que podría tenerla al alcance...

Sacudió la cabeza y se revolvió el cabello para tratar de secarlo. Al menos la habitación estaba caliente y bajo las sábanas podría cubrir su desnudez. Además, con un poco de suerte se dormiría antes de que Aurora saliera del baño. No sería tan difícil si se enfocaba en el cansancio que pesaba sobre sus hombros o en la tensión de sus músculos que rogaban por elongaciones enérgicas para bajar los nudos que lo mantenía con los hombros cuadrados.

Por suerte, los bóxers oscuros que se puso esa mañana seguían secos. La tela suave de la ropa interior lo reconfortó. Quería tocarse, pasar la mano por su longitud y liberarse como tanto demandaba su cuerpo, no obstante, no podía ser tan cretino, no podía masturbarse sin pensar en Aurora duchándose al otro lado. El sonido del agua amortiguada llegó a sus oídos y le hizo ver imágenes que se afianzaron a su psique.

No, no iba a pensar en Aurora, desnuda, sin ese vestido, sin las bragas blancas que se imaginó que harían juego, con el agua corriendo por su piel perlada, por sus senos grandes, por sus pezones erguidos y rosados que hicieron agua su boca. No iba a pensar en sus piernas estilizadas y en lo fácil que sería abrirlas al meterse a la ducha con ella.

¿Se ducharía mirando la pared donde colgaba la alcachofa, o de espaldas a esta? Si lo hacía mirando la alcachofa, podría meterse a la ducha con ella, tomarla por sorpresa, con las manos abarcando su cintura estrecha y delicada, reptando para buscar sus masas de carne. Ella daría un respingo, pero sus ganas de pertenecerle podrían y se excitaría con su presencia y...

Y dejó de pensar en ello. Se metió en la cama, bajo las sábanas. Acomodó la almohada, cerró los ojos y se obligó a abstraerse en los pendientes que dejó para pasar las fiestas con su padre. Por norma, no le gustaba tomarse esa semana de vacaciones, ni siquiera era religioso para amoldarse a los cánones católicos de la llamada «Semana Santa». La única razón por la que quiso dejar todo estancado por una semana, más allá del estrés que tenía esos días, fue porque su padre se lo impuso, de lo contrario, no se habría metido en esa situación tan bizarra con Aurora.

—¡Maldito clima! —susurró enfurruñado.

Se acomodó en la cama con la esperanza de dormirse, ocluyendo sus oídos para que el sonido de la regadera no invadiera sus sentidos y las imágenes del cuerpo desnudo de Aurora no prorrumpieran en su psique o en su cuerpo que se estaba calmando poco a poco.

Con los brazos flexionados tras la cabeza y los ojos cerrados, se dejó vencer por el cansancio del momento, por la tensión de días, por el calor de la habitación que ayudó con sus músculos tirantes.

* * *

Tras una corta ducha que despejó su cuerpo y luego de recibir el agua helada en su espalda con satisfacción, calentó su piel enjabonada al aclararse con agua caliente. Salió de la ducha y buscó las toallas y los albornoces que solían dejar en los moteles y hoteles, pero solo encontró toallas cortas que no cubrían su cuerpo, en especial sus senos y caderas donde la toalla con la que se secó se abrió con vulgaridad, mostrando sus pechos turgentes y su sexo depilado.

Se mordió el labio inferior y revisó todos los sitios. Lo que el motel tenía de limpio lo tenía también de minimalista y tacaño. Solo había dos toallas pequeñas en el baño y no quiso mojar la otra para que Ian pudiese ducharse después, sin embargo, no tenía nada con qué cubrirse. Su vestido estaba hecho un estropajo en el suelo, completamente húmedo e inservible. Además, no había albornoz, ni siquiera uno.

Su respiración se aceleró y su corazón martilló sus costillas con ímpetu.

Quiso llorar, llamar a Diana y gritarle. Por las prisas con las que la sacó no pudo ni siquiera vestirse de manera decorosa, mucho menos le dejó coger algo más que aquel vestido que formaba un charco en el piso del baño.

Lo levantó con un poco de asco y lo lavó como pudo en el lavamanos, al terminar, lo estiró sobre la cerámica del lavabo y pensó qué hacer con la prenda, con su desnudez.

Quizá podría esperar a que Ian se durmiese y... ¿Y entonces saldría desnuda? Negó con la cabeza, con vehemencia, desechando la idea.

Podría quedarse en el baño, ¿y luego qué haría si Ian lo necesitaba?

Quería llorar. La ansiedad reptó por sus piernas, por su cuerpo enrollado que trataba de cubrirse con la pequeña toalla que ni siquiera le llegaba a tapar parte de los muslos.

¿Cómo iba a salir así? Podría ser que Ian no se sintiera atraído por ella, que no la viese como mujer, que no le importara su desnudez, pero eso no significaba que se pasearía frente a sus ojos sin ropa como una fulana.

Admiró el lugar por tercera vez, deseando haber pasado algo por alto, que hubiese obviado un albornoz caliente, o al menos otra toalla. Si bien la toalla no sería cómoda, pero de cualquier forma ya sabía que no podría dormir esa noche. Tenerlo al lado... No, no iba a poder con las emociones que revoloteaban en su pecho, con las sensaciones cálidas que intoxicaban su sistema, solo esperaba mantenerse a raya para no acercarse.

Buscó una respuesta a su disyuntiva, pensó y pensó, pero no halló más remedio que pedirle ayuda a su hermanastro.

Se tragó el nudo que dificultaba su respiración y, poniendo la toalla frente a su cuerpo para cubrirse toda la delantera, abrió la puerta del baño y sacó la cabeza.

Sus ojos repararon en Ian, recostado sobre la cama, con el torso desnudo, con la sábana blanca y mullida tapándolo de la cintura para abajo. Su torso... La dejó sin aliento. Nunca vio a un hombre tan bien esculpido, con los pectorales hinchados del tamaño adecuado, con los bíceps gruesos y masculinos que deseó besar, con los abdominales y oblicuos marcados pese a que los tenía estirados por la postura. Además, el fino vello oscuro que cubría su torso hacía que las sombras en sus cúspides y valles resaltaran. Quería pasar la punta de los dedos y tocar la suavidad de su vello, de su piel.

Sus párpados siguieron cerrados pese a que advirtió el sonido de la puerta. Dentro de la habitación, el ruido de la tormenta sonaba a lo lejos, como una nana de cuna, quizá porque el motel

estaba preparado para insonorizar las habitaciones y evitar que ciertos sonidos llegasen a irritar a los demás inquilinos.

Se forzó por mantener el temple, en parecer dormido, pese a que no podía hacerlo, no logró conciliar el sueño, por mucho que los minutos pasaron, por mucho que el sonido de la ducha dejó de fustigar sus oídos, por mucho que se entretuvo en los pendientes que luego de las vacaciones lo esperarían sobre el escritorio, acumulándose. Sí, se relajó, logró calmarse, pero no dormir.

Aurora carraspeó.

—Ian —susurró por lo bajo.

No era su intención despertarlo, pero no le quedaba de otra.

No se movió, no porque no la escuchó, sino porque decidió ignorarla, pese a que un hormigueo diferente le cubrió la piel y deseo abrir los ojos, levantarse de la cama, cogerla en volandas y tomarla para sí.

—Ian —elevó la voz.

Un gruñido flojo y quejumbroso salió de la boca masculina.

—Por favor, Ian —rogó ofuscada, con el ceño fruncido y sus dientes prensando su labio inferior, sabiéndolo despierto, nerviosa con la forma en la que estaba acostado, tan magnánimo, sensual, y ella desnuda, con su sexo reclamando atenciones que no pensaba darle.

Ojalá me hubiese masturbado esta mañana —se dijo con el pulso más acelerado, en especial cuando Ian se removió.

—¿Qué quieres? —gruñó sin abrir los párpados, reacio a verla recién duchada, aunque no se le pasó por la cabeza lo que la llevó a «despertarlo».

—Ian...

—¡Qué! —gritó fuera de sí, abriendo los ojos que refulgieron con la luz artificial que iluminaba la habitación.

Aurora dio un respingo y la toalla ajustada a sus axilas se resbaló mostrando su escote con erotismo.

Los ojos azules repararon en la pequeña y curvilínea rubia que estaba agazapada en la puerta del baño. Pese a que su cabeza sobresalía del cuerpo, pudo ver su silueta medio cubierta por la toalla que dejaba adivinar la desnudez, en especial porque sus caderas sobresalían del rectángulo de tela, así como ese escote generoso en el que sus pupilas se perdieron por un largo segundo en el que el tiempo dejó de pasar y su enojo se perdió como si nunca hubiese existido.

Se olvidó de la tranquilidad, sus venas palpitaron, la sangre fluyó en su interior con violencia y calor, deritiendo la tensión en sus músculos por completo, pese a que otra se adueñó con ímpetu del sur de su anatomía.

—¿Qué pasa? —cuestionó con la voz ronca, concentrándose al máximo de sus capacidades para retenerse, para no levantarse de la cama, tomarla de la nuca y obligarla a ponerse sobre sus rodillas para azotar su culito de niña buena y enseñarle a no tentarlo con su cuerpo exuberante que pedía a gritos una buena follada, una follada que le daría por horas y horas, hasta que ya no pudiera, hasta que su «hermanita» quedase sin voz, sin fuerza, sin ganas de transgredirlo.

Aurora tragó con dificultad. Sus piernas temblaron y su sexo se empapó. Aquella mirada con la que la repasó... Su calor reptó por las mejillas, por su cuerpo, por sus pezones enhiestos, por su centro caldeado que humectó su intimidad, al punto que tuvo que retener un gemido. Sí, le gustó su fiereza, ese arrebató con el que la desnudó, pese a que su mente no lo registró de la misma forma que su cuerpo.

—Eh, no... no tengo... no tengo ropa —terminó de decir, tartamuda, en a penas un susurro que

le costó escuchar a Ian, pese a que estaba tan atento a su boca que pudo leerlo antes de que su cerebro interpretara las palabras.

—Joder! —maldijo por lo bajo y se pasó la mano por la cabeza, despeinando su cabello seco.

Los ojos celestes se quedaron pegados en el movimiento del brazo, en la sensualidad viril que la estaba sometiendo, aflojando su cuerpo, corrompiendo su mente.

¿Cómo es que, después de ni siquiera hablarse durante muchos años, estuvieran envueltos en aquella tesitura de lo más provocadora?

Ian, el hombre que interpretaba sus sueños más húmedos y profanos, estaba sin camisa sobre una cama de sábanas blancas, rodeado de ese ambiente que invitaba a realizar ciertas actividades en las que ni siquiera quería pensar, pese a que su cuerpo parecía considerarlas, puesto que sus pezones se endurecieron como nunca y su entrepierna siguió produciendo dulce elixir que aumentó el aroma que desprendía su piel, ese almizcle único en su perfume que denotaba sus feromonas activadas.

Ian lo pensó por un segundo, por su cabeza pasó la idea de decirle que no podían hacer nada con su desnudez, que tendría que salir del baño así, que él la calentaría bajo las sábanas, que desnuda estaría más cómoda, al final, él dormía así y era el mejor cambio que hizo desde que se independizó.

Pese a ello, solo le gruñó para que esperara dentro del baño.

—Te llevaré mi camisa para que la uses —refunfuñó en respuesta, irritado, con el ceño fruncido y la boca en una fina línea.

Estaba furioso consigo mismo, con su autocontrol que pendía de una cuerda muy delgada.

Aurora obedeció sin cuestionarlo, sin pensar en su extraña petición. Necesitaba un respiro antes de acomodarse a su lado en la cama, así que no renegó, ni siquiera pensó bien las cosas. Sumisa, acató la orden y se metió al baño.

Cuando cerró la puerta, se levantó, los bóxers no escondían su protuberancia que estaba más alzada que nunca, rogando explorar el cuerpo de Aurora, algo que llevaba rugiendo en su interior desde que la vio, que por más que trató de ignorar, no pudo, pese a que le dio cortos descansos, hasta que ella hacía algo y todo se reiniciaba, mandando a volar su dominio sobre su cuerpo.

Resopló.

Se acarició por encima de la tela negra, cerró los ojos y negó con la cabeza.

—Abajo, muchacho —reprendió a su mástil erguido y cogió la camisa del calefactor que secó la prenda en su totalidad gracias a la frescura de la tela.

La estiró y sacudió. No quedaba de otra, tendría que adaptarse a su camisa, no tenía otra prenda para darle. Él tampoco llevó ropa, ambos tuvieron la misma idea, confiados en que, en la casa de sus padres guardaban muchas de sus pertenencias, sin imaginarse que el clima les hiciera pernotar en un hotel a mitad de camino.

Tocó la puerta dos veces, aguardando tras la pared para que no viese su erección, no quería que ella se sintiera extraña a su alrededor. Demasiada jodida era la situación como para agregar más tensión.

—Toma —bramó irritado cuando abrió la puerta y sus manos se rozaron.

Aurora se mordió el carrillo y se encerró de nuevo. Sus nervios se alteraron con el contacto de sus dedos largos y masculinos. Tuvo que respirar varias veces y pegar la espalda y el trasero a la puerta para no hacer una tontería y gemir el nombre de Ian una vez tras otra, rogando por algo que sabía que no le iba a dar.

Se llevó la camisa a la nariz. Olía a él y estaba caliente gracias a la calefacción. Era suave al tacto. Cerró los ojos y acarició la prenda como la chiquilla enamoradiza que se volvía junto a Ian.

Aguardó un segundo tras la puerta y luego volvió a la cama, suspirando, sacudiéndose esa

sensación electrificante que llegó con su roce. Se metió bajo las sábanas y volvió a su cómoda posición, agradeciendo que tardara en vestirse, de lo contrario, hubiese visto su excitación.

El pantano bajo sus pies se volvía más difícil de sortear.

Pensar en las próximas horas le hizo retorcerse ante el escalofrío que invadió su cuerpo.

¿Podría someter sus instintos, al cazador que esperaba a la tierna ovejita de ojos celestes para aprovecharse de su vulnerabilidad, de su inocencia, de su desconocimiento, o se rendiría al deseo ardiente que recorría sus venas, que clamaba por la piel sonrojada de su hermanastra, de la pequeña rubia que podía dominar por completo a su calor, a su concupiscencia? No tenía la respuesta para ello, no estaba seguro de cómo iba a reaccionar cuando ella saliera vistiendo su camisa, cuando su cuerpo descansara en la cama y la tuviera al alcance de un movimiento, de su mano atrapando su cintura para atraerla y besarla, morder su cuerpo, lamer su piel y hacerla suya.

CAPÍTULO 8

Se mordió el labio inferior. El reflejo del espejo le devolvió una mirada lasciva, sus ojos resplandecieron, su boca entreabierta, mullida y rosada. Sus pupilas descendieron por su torso cubierto con la camisa de Ian. Pese a que era grande para su delgado cuerpo, sus curvas eran evidentes bajo la tela blanca. Se la abotonó hasta el escote, dejando dos botones sin usar arriba y abajo. Sus muslos quedaron al descubierto, tenía las caderas muy redondas y el trasero carnoso para que la prenda se acoplara a su silueta. Además, sus senos grandes trataban de abrir los botones con cada respiración profunda que se impulsó a dar para sosegar su deseo.

Era la imagen del pecado, en especial por su cabello húmedo que trató de secar con la toalla, que pegaba la tela de la camisa a sus hombros y a una buena parte del escote.

Se excitó al vestirse, al saber que Ian llevó la prenda minutos atrás. Olía a él, tenía su perfume en el cuello, rodeándola. Era tan embriagador que tuvo que aguardar unos minutos para tranquilizar el fuego que destilaba su entrepierna, pese a que no quiso limpiarse la lubricación que humectó su sexo.

Tuvo que arremangarse las mangas, pero en más, la camisa parecía hecha para seducir, para impactar a quien la viese vestida de esa forma tan sugerente.

Suspiró y sacudió la cabeza, arrancándose los pecaminosos pensamientos.

Cogió el vestido y salió a la habitación. Afuera, la luz iluminaba a un «dormido» Ian que descansaba en la misma posición de antes. Lo observó por un segundo en el que repasó su cuerpo esculpido que anheló acariciar.

Desvió la mirada, no podía permitirse el lujo de sucumbir a la tentación de acercarse y hacer lo que tanto buscó desde su juventud. No era justo para Ian, para ellos, para su familia.

Se acercó al interruptor y apagó la luz. No quería que sus pupilas guardasen el recuerdo de cada recodo de su cuerpo descubierto, de la tentación hecha hombre, no se lo podía permitir. Pronto, la noche acabaría, el idilio que los rodeaba se esfumaría, la tormenta amainaría y, con seguridad, él volvería a distanciarse.

Debía cuidar su corazón, ser sensata.

Dejó el vestido sobre el calentador para que se secase, así ya no tendría que usar su ropa, dejándolo desnudo.

Lo miró en medio de la oscuridad. La luz del pasillo entraba por la ventana cubierta por suaves cortinas. Apenas podía vislumbrar su cuerpo, pero deseó que la noche más oscura la engullera y así poder olvidarse de que estaba a su lado.

No quería acostarse, quería quedarse en una esquina, midiendo sus pulsaciones, implorando para que las horas pasaran, sin embargo, también quería dormir a su lado, aunque fuese de esa manera. Era un sueño hecho realidad, a medias y de esa manera forzada, pero un sueño, al fin y al cabo.

Caminó despacio hasta el otro extremo de la cama, se sentó sin apartar sus pupilas de Ian, de las sombras y luces que sorteaban sus músculos definidos.

Sus dedos picaron, su cuerpo se caldeó, olvidándose por un instante de su promesa anterior de

alejarse.

Negó, regañándose y se metió bajo las mantas, acostándose de costado, dándole la espalda para así ignorar su presencia.

Inhaló hondo. Necesitaba relajarse, calmar su corazón, su mente, el calor en sus mejillas, el ardor en su centro, la forma en la que todas sus terminaciones nerviosas demandaron las manos masculinas, la piel firme que envolvía sus músculos potentes y... otras partes de su cuerpo que no quiso imaginar por miedo a gemir, a llamarlo.

Se quedó en una esquina de la cama, a pocos centímetros del borde. Cerró los ojos y se obligó a contar ovejas para dormirse, o al menos sosegar su anhelo. Si se dormía, podía pasar esas tortuosas horas a su lado.

Por un instante, creyó vencer la tentación, hasta que Ian se removió y se acercó a su espalda, metiendo la mano en el espacio que formaba su cintura, por encima de su cuerpo, apretando su espalda contra su torso desnudo.

Dejó de respirar, su cuerpo se tensó de los pies a la cabeza.

La abrazó... La tenía cogida... Un hoyo negro se abrió bajo sus pies y no pudo pensar con claridad. Sus emociones se alteraron, sus sensaciones se intensificaron. Ardió, su piel quemaba donde la estaba tocando, su sexo palpitó, sus labios se secaron, su corazón se desembocó y todo giró alrededor.

No quiso abrir los párpados.

¿Estaba dormido?

La mano masculina se afianzó a su abdomen, extendiéndose por su torso corto, hasta que el menique se topó con el vértice entre sus piernas, con el inicio de su monte de venus, y su pulgar se metió en su canalillo.

Tragó con dificultad y rogó para que esa mano reptara y la tomara, para que subiera y acogiera uno de sus pechos que pesó como si la gravedad aumentó, cuando solo era su excitación colmando sus zonas erógenas.

¡La estaba tocando!

Su pulso se elevó por los cielos y temió que sus latidos erráticos prorrumpieran contra su palma caliente.

¿Cómo podía tener las manos tan grandes?

Deseó ver su mano contra su cuerpo, pero sus senos protuberantes se lo impidieron. Ya no pudo mantener los párpados cerrados, le fue imposible relajarse, pese a que se quedó completamente quieta, temiendo despertarlo.

Ian se acercó más, su cabeza se pegó a su cuello y su nariz rozó su nuca, olfateando su aroma, su fragancia combinada con el perfume masculino impregnado en la camisa.

Los dedos largos exploraron su abdomen. La cabeza le dio vueltas y vueltas, mareándola más y más, como si el poco oxígeno que entraba en su boca entreabierta no fuese suficiente para mantenerla alerta. Estaba dominada por la lujuria que incentivaba su cercanía.

Los dedos exploraron su cintura, subiendo hasta alcanzar la cadera.

¿Está despierto? —se preguntó confundida, pese a que su lascivia eclipsó su racionamiento.

La mano viajó por su muslo, acariciándola, dejando una estela de fuego por donde sus dedos bailaron con su piel. Antes de preverlo, los dedos de Ian se metieron en la camisa, rozando su piel con suavidad y delicadeza.

Un gruñido gutural y lobuno salió de la boca masculina y aspiró el aroma de su cuello.

—Hueles delicioso —susurró contra su oreja, enderezándose para subir por su cuerpo y rozar su

erección contra su trasero respingón.

—¡Ian! —suspiró en un gemido entrecortado.

¡Estaba despierto!

La estaba tocando conscientemente.

—Eres tan suave... —Sus dedos estudiaron su piel, hasta alcanzar la cadera, subiendo la camisa.

El brazo grueso y fuerte se metió entre su cuello y la cama y la jaló más cerca de su torso, arqueando su espalda para exponer sus curvas, para compenetrarse en una postura en la que pudiese dominarla con más facilidad y tocar su cuerpo con ambas manos.

Subió por su cadera hasta llegar a su cintura, elevando más la camisa hasta descubrir su sexo.

—¿No te pusiste las braguitas? —inquirió Ian al sentir su piel desnuda, deseando explorar más, anhelando más su cuerpo que, desde que la sintió mover la cama, no pudo evitar arrastrarse hasta tenerla cerca, hasta embriagarse con su perfume, con su suavidad, con las formas de su cuerpo que lo tenían embelesado, que, pese a que quiso resistir la tentación de rodar sobre su cuerpo y atraerla, no pudo.

Solo quería tocar, sentirla una sola vez y olvidar esa noche en el motel, esa noche en la que buscaría su placer, esa noche tormentosa que quedaría en el recuerdo.

—No... No... no pude ponérmelas esta tarde... —respondió Aurora con una gran exhalación que desencajó sus facciones de muñeca.

El gruñido bajo de Ian resonó en la habitación.

—No las llevabas en el coche —sopesó encantado y su miembro palpitó con fuerza—. No llevabas nada por debajo del vestido, ¿verdad? —preguntó porque quería escuchar su nerviosismo, porque quería imaginársela desnuda a su lado, quería recrearse con esa visión de su hermanastra solo cubierta con ese vestidito de mierda.

Se arrepintió de no haberla dejado empaparse bajo la lluvia por completo y así tener esa imagen grabada en sus retinas.

—No —jadeó la negativa, poniendo su mano sobre la que tenía metida entre su cuello, enredando los dedos con los suyos, para después llevar el dorso a sus labios y darle un beso casto.

Ian bramó con suavidad, fascinado con el roce de sus labios mullidos, en un acto íntimo y pasional, que lejos de parecerle romántico le hizo desearla más, en especial porque su trasero se pegó a su dureza y se movió con cadencia.

—Estás caliente —susurró en su oreja, para después morderle el cartílago, arrancándole un gemido femenino.

—Siempre... Siempre te he deseado —confesó, esperando que eso lo hiciera bajar la mano y tocar su humedad.

Aulló, masculino y pegó más su espalda contra su torso, reclamándola.

—No deberías decirme esas cosas, estoy demasiado excitado para obviar que debería cuidarte, ser tu hermanastro y...

—Y quiero que me hagas mujer... —concluyó Aurora sin importarle nada, llevando sus manos unidas hasta su pecho turgente, donde depositó su palma.

Gimoteó al sentir su suave carne, su redondez, al escuchar aquellas palabras que deseó oír desde que la vio en el pórtico esa tarde.

Contuvo el aliento, esperando una respuesta que no llegaba, una respuesta que anhelaba sentir más que escuchar, una respuesta que cambiaría su relación, para bien o para mal.

—No debería... —sopesó Ian, pero sus manos se movieron, su mano dentro de la camisa acarició su muslo, llevando las yemas al valle de su pubis, al tiempo que su otra mano acogió su pecho y lo

apretó con mimo.

Gimió y se removió contra su pene erguido, resguardado por la tela del bóxer, pese a que su trasero estaba desnudo gracias a que había levantado la camisa con cada movimiento.

—Solo una vez —rogó Aurora, con los ojos cerrados, poniendo otra vez la mano sobre la suya, haciendo que frotara la palma contra su pequeña perla rosada.

Sollozó, un sollozo que entró en los oídos de Ian como una súplica, un sollozo que electrificó sus cuerpos y les hizo saber cuánto lo querían, cuánto deseaban sentir al otro.

—¿Solo una vez? —inquirió con la ceja alzada, considerando sus lazos «fraternales», sus padres, su deseo, ese que le susurró que era una vil mentira, que no quedaría satisfecho después de tenerla, de descubrir la suavidad de su piel, el aroma a miel y vainilla que lo enloqueció cuando lo percibió a su lado, impregnando su camisa con ambas esencias, dándole una probada de lo que sería fusionarse a la dulzura de su piel.

—¡Sí...! —musitó encandilada, llevando la mano libre a su rostro, ladeando el cuerpo para poder verlo a los ojos, para admirar sus iris azules ennegrecidos por la lujuria, por el pecado—. Siempre he querido que me hagas mujer —reveló con las mejillas rojas por la vergüenza.

Tembló en sus manos, y apretó su palma contra su seno, así como los muslos que aprisionaron sus dedos.

Ian la miró sin dar crédito a sus palabras. Todo se paralizó en su interior. La mirada celeste era intensa, intensa y sumisa, una mirada que lo atravesó como aquella primera vez, pero la sensación que produjo fue diferente.

Ella... ¿lo había esperado?

—¿Nunca...? —No pudo acabar la pregunta, la boca de fresa lo llamó, con sus labios mullidos entreabiertos por donde exhaló aliento cálido que cosquilleó en su barbilla.

Aurora negó con un movimiento sutil de cabeza.

—No pude, no quise hacerlo con alguien más, aunque traté —declaró con premura con los ojos a medio abrir, admirándolo entre las pestañas.

—¿Entonces nadie ha estado en ti...? —prosiguió con el corazón martillando en sus sienes, con las pupilas dilatadas, la sangre caliente y el miembro más duro que antes, como nunca lo tuvo.

—No. Nunca he estado por completo con un hombre. Solo... mis dedos —reconoció Aurora, acalorada, sin pensar sus palabras.

Las manos de Ian estaban acabando con su racionamiento, apretando y espoleando su pezoncito, al tiempo que sus dedos se sumergían lentamente entre sus muslos apretados, abriéndola.

Ella... Aurora, su hermanastra, lo había esperado. Ella lo quería a él...

No... no lo entendió. ¿Por qué lo hizo? ¿Por qué se privó de un placer tan exquisito...? Su mente se saturó con mil ideas, con mil pensamientos entrelazados unos a otros, hasta que encontró la respuesta.

Un gruñido voraz prorrumpió desde lo más hondo de su interior y la apretó contra sí. Sus ojos se oscurecieron del todo, su boca se alargó en una sonrisa maliciosa, su nariz se expandió para meter su esencia en su sistema.

—¿Quieres ser mía? —consultó con la voz sombría, masculina, ese tipo de voz capaz de alterar el pulso cardíaco, de crear un maremoto en el interior.

Tembló, su cuerpo suave se calentó más y más, su sexo se caló y palpitó.

—Sí, por favor —rogó y cerró los ojos por un instante, temiendo que entreviera sus sentimientos más profundos.

La bestia en su interior se engrescó con su estampa delicada y femenina, era la representación de

todo lo que nunca le gustó, de lo que siempre detestó, y ahora, era suya, SUYA.

—¡Joder! —maldijo antes de tomar su quijada, soltando su teta grande para dominar su rostro e ir tras aquellos labios de fresa que deseaba probar.

La besó, sus labios se estamparon en los femeninos con violencia, en un beso hambriento y pasional que le hizo gemir, que los alentó a buscar el calor del otro.

Se besaron con necesidad, con violencia, con Ian marcando el ritmo, lamiendo sus labios, adentrándose en su boca para masajear su lengua y despertar sus sentidos con una sobrecarga de energía sensorial que la hizo derretirse contra su cuerpo, que le hizo mover el trasero contra su polla erguida que se encajó entre sus mejillas.

—¡Ian! —exclamó en medio del beso cuando volvió a bajar la mano y la metió en la camisa para mancillar sus tetas y pellizcar sus pezones.

—Dime que serás mía —susurró contra sus labios, deseoso de escuchar su ruego, ese con el que se rendiría de lleno a su anhelo, a su placer.

—Lo soy —musitó Aurora en respuesta, casi sin voz, alejándose de sus labios para mirar sus ojos y confirmarle que podía tenerla, que su cuerpo y alma le pertenecían, que para ella no había nadie más.

Ian gruñó como la bestia que salió de su interior y volvió a devorar sus labios, a tocar sus pechos con arrebató y frenesí.

Su mano se adentró entre sus piernas, abriéndola y jadeó con el calor de su sexo, con la humedad de sus pliegues, con su esencia empapando su mano.

—Prometo que no te vas a arrepentir —farfulló, lamiendo su labio inferior, reclamando su tibieza con la mano, recorriendo sus labios inferiores con el dedo corazón.

Sus ojos conectaron en lo que sería el comienzo de ese encuentro que se quedaría grabado en sus mentes y cuerpos.

CAPÍTULO 9

Gimió al captar su mirada, al entrever el fuego quemando en su interior, deseándola a ella, solo a ella.

La mano en sus senos arrancó dos botones de la camisa, sacando sus masas de carne esféricas, haciendo que el aire caliente de la habitación incentivara sus pezones.

La sábana que antes los cubría estaba a sus pies. Los ojos azules recorrieron su silueta, apreciaron sus pechos erguidos, suaves y grandes, que con la espalda arqueada parecía que se los estaba ofreciendo. Bajaron por su torso, por su vientre plano, hasta llegar donde su otra mano estaba metida entre los muslos blandos y níveos.

Las puntas de sus dedos masculinos viajaron entre sus labios, aprendiéndose el mapa de su centro, la tensión de sus nervios con cada roce.

—Estás tan mojada... —susurró contra su boca, aspirando su aliento, embriagándola con su efervescencia, con el calor que desprendía su cuerpo, con los músculos firmes de su torso en su espalda, con sus brazos que la rodeaban y la maniataban a su antojo.

—¡Ian! —gimió y cerró los ojos para reprimir el orgasmo que enarboló su sexo cuando alcanzó su clítoris.

Ese ligero toque estaba siendo demasiado para su psique.

—Además, eres muy sensible —canturreó pícaro, apretando su pezón con el pulgar y el índice, creando una pinza ardiente y dolorosa que envió un rayo eléctrico por su columna vertebral y que terminó en su núcleo avivado.

—¡Ian! —gritó aferrándose a sus brazos con ambas manos, apretándolas, sin saber si le estaba pidiendo más o un impase para poder sentirlo por más tiempo.

—Chist, tranquila, te daré lo que necesitas, por horas y horas, no tienes que desesperarte —indicó encendido, con sus pupilas brillando con lascivia, y una sonrisa perversa que no pudo apreciar cuando sus ojos se entreabrieron para admirarlo, para recrearse con la estampa del hombre de sus sueños.

La mano en su pecho subió y enderezó su cuello, acariciando su delicada garganta.

Su boca bajó a la oreja y volvió a morderla con suavidad, arrancándole un gemido sosegado. Al tiempo que el dedo corazón presionó el clítoris para luego crear círculos alrededor de ese pequeño nudo de nervios.

Sus muslos se impregnaron con la deliciosa fricción de la que era víctima, con su boca en su oreja mordiendo, besando y lamiendo.

Gimió y rogó con largas exhalaciones con las que lo llamó.

Estaba tan caliente que si se adentraba en su cavidad acuosa explotaría en la mayor de las catarsis, pero no, Ian estaba siendo cuidadoso, cuando la sentía temblar, acercándose a la cima, bajaba la intensidad del masaje.

La necesitaba caliente para él, para que el dolor de la penetración fuese inexistente, además, quería jugar con ella por toda la noche, quería que su cuerpo explotara en una supernova una vez tras otra, que su mano sintiese los estremecimientos de su interior, que pudiera oler la fragancia de

su sexo cuando cerrara los ojos una vez dejaran el motel atrás y volviesen a ser los de antes.

Quería un recuerdo largo, una noche para no olvidar, para recordar con algo más que la imaginación. Quería que ella lo tuviera presente, que su cuerpo no pudiese encontrar el desahogo con nadie más. La quería para sí, pese a que su razonamiento endeble le advirtió que era una tontería, que no podía sucumbir y destrozar su familia, que no podía hacerle eso a Aurora, por más sumisa que fuese a sus manos, a su cuerpo, a su piel.

Bajó la boca a su cuello fino, donde olfateó la miel junto con el aroma masculino de su perfume. Aspiró y succionó la membrana que recubría su punzante vena, recreándose con la idea de marcarla en más de un sentido.

Quería disfrutar cada centímetro de Aurora, guardar cada parte de su ser para las noches en solitario. La besó, lamió la curvatura de su garganta, mientras pequeños gemidos temblaban en sus labios con las vibraciones de las cuerdas vocales elevando los latidos de su corazón, la sangre que colmaba su cuerpo cavernoso.

Gruñó al amasar su pecho, al subir sus manos a sus tetas grandes y apretarlas.

La giró y se puso sobre ella, admirando su rostro enrojecido por un instante, agradeciendo la luz del pasillo que se colaba por la habitación y le permitió observar el delicado rostro de su hermanastra. Su piel sonrojada, sus labios mancillados, mullidos y rojos, sus ojos a medio abrir, por donde el celeste de sus iris brillaba con furor, extasiada, su cabello rubio y angelical rodeando su cara de muñeca.

El corazón le latió con más fuerza, se quedó quieto sobre Aurora por un segundo, con sus ojos casi negros que repasaron sus facciones, el temblor de su torso con cada inhalación.

Se relamió los labios secos y bajó para nutrirse de los de fresa que lo recibieron con candor, con suavidad, que le dejaron probar su sabor.

Aurora lo abrazó con las manos, sus piernas le rodearon las caderas, abriéndose para que se colocara entre sus muslos, a la altura justa para inmiscuirse en su interior, para alcanzar su deseo más profano, para sentir la suavidad de su intimidad y reclamarla al marcarla con su primera vez.

Una fina capa de sudor cubrió su espalda y en lugar de bajarse la ropa interior y penetrarla con una firme estocada como tanto deseaba, bajó la boca a su mandíbula, la cual mordió con delicadeza, descendió por el cuello, por las clavículas, lamió la unión de estas y siguió su recorrido hasta el escote, el cual besó con necesidad.

Se acomodó y tomó una de sus tetas con la mano, sosteniéndose con la otra. Subió los ojos y la admiró, admiró sus pupilas dilatadas observándolo entre las pestañas.

No podía hablar. Ian la estaba besando con delicadeza, dejando una estela de fuego ardiente por su piel, al tiempo que sus ojos azules le prometían un acto salvaje y violento. Era las dos cosas al mismo tiempo, era más de lo que siempre soñó.

Su aliento salió tiritante cuando lamió su pezón y sus nervios se tensaron. Sus ojos no se apartaron ni cuando besó su seno, alzando más su botón, rodeando la areola con la lengua para después succionar su pecho con hambre y fuerza.

Gimió y gritó, metiendo los dedos en la cabellera oscura que despeinó, removiéndose cuando la boca golosa en sus tetas se amamantó de su carne, enviando mil escalofríos por su cuerpo que terminaban en su centro, caldeando la llama que crecía y crecía como si tuviera vida propia, lamiendo cada zona erógena, cada terminación excitante.

—¡Ian! —gimoteó casi sin voz, retorciéndose del placer, tocando el borde del precipicio con sus labios en sus pechos, encantada con esa caricia que nadie le regaló de esa forma tan voraz, admirándola cuando prensaba el pezón con su labios y lo estiraba para dejar ardiendo su piel con

exquisitez.

Rogó, suplicó, se removió bajo su peso, elevó las caderas para buscar su erección que no estaba cerca de su centro, se arqueó para él, para su boca lobuna que pasó de un pecho a otro, que la torturó con sus labios, con su lengua, con besos dulces y rapaces, con succiones ávidas que la dejaban sin respiración, que le hacían boquear en busca del oxígeno que le estaba arrebatando la pasión.

La sintió temblar con su boca, con su cuerpo, buscar el placer, arañarle la espalda y la nuca, exaltando su calor, deseando corromper el cuerpo suave y caliente que tenía dispuesto a complacerlo.

No quería ser tan brusco, no quería desear tanto hundirse en su carne y follarla con fuerza, quería ser suave, delicado, pero no terminaba de salirle. No quería que le doliera, pese a que una parte de su cabeza le gritaba que lo hiciera, que le diera justo lo que estaba pidiendo con esos grititos sofocados, con sus gemidos candorosos que penetraban en su canal auditivo e incrementaban su deseo, esas ganas de convertirla en suya, de olvidar a sus padres, ese «parentesco» que los forzó a ser familia cuando no compartían sangre.

Gruñó y la mordió, marcándola con ese acto, haciendo que su cuerpo temblara y sus manos se afianzaran a su cabeza, que, lejos de alejarse como pensó que haría, se arqueara para ofrecerse más.

Rugió y siguió bajando, necesitando probarla, explorar su sexo, su sabor.

Besó su vientre plano y tembloroso, con sus gimoteos más quedos resonando en la habitación, acallados solo por la tormenta que incrementó su fuerza en el transcurso de las horas.

Descendió abriéndola de piernas, poniendo sus muslos sobre sus hombros, acostado sobre su abdomen, solo levantando la cabeza para admirar su carne blanca y suave.

Besó el interior de sus piernas, lamio y mordisqueó con suavidad. Primero con una y luego con la otra, siendo gentil, bajando las revoluciones que aceleraban su motor, que le decían que atacara su coñito virginal.

Se relamió y observó su entrepierna, la luz del pasillo alumbró lo suficiente para que viese sus pliegues rosados, para que pudiese recorrerlos con sus dedos y abrir sus labios inferiores y revelar su agujerito cerrado y suave por el que descendía su elixir.

Aurora gimió y lo llamó.

—Te necesito, por favor, no quiero que...

—Chist, no hables, debo probar tu sabor —respondió casi sin pensar, embelesado con su cuerpo, con su entrega, con la forma en la que se quedó quieta y aguardó por su toque.

Se estremeció con su voz, con su tono ronco y masculino, un tono que jamás le escuchó. Sus ojos azules estaban pegados a su intimidad, a su centro de gravedad, a esa parte de su ser que pedía acoplarse a él, que deseaba sentirlo en todo su esplendor.

Respiró de forma mecánica, todavía podía sentir sus labios en los pezones, su barba raspando su piel, la lengua humectando sus areolas, y toda su boca calentándola.

Ian se acercó a su sexo, su aliento caliente sopló sobre su clitoris y gimió cerrando los párpados por un segundo en el que todo su cuerpo se sobrecalentó, con la piel humedeciéndose por el calor, creando una ligera capa de sudor, con sus nervios electrizados que iban a explotar en cualquier segundo.

—¡Ian, por favor! —rogó moviendo las caderas, ofreciéndose con ese acto inconsciente e inocente.

Sus ojos azules se quedaron en sus pliegues, en la lubricación que los hacía brillar y cuando lo llamó, cuando su nombre salió de sus labios en una súplica de lo más profana, no pudo más. Su

corazón se detuvo, su hambre aumentó, se relamió los labios y... no pudo evitarlo, quería besarla y explorarla con tiempo, pero escucharla fue demasiado, sus sentidos se eclipsaron, algo se prendió en su interior y su lado salvaje salió a flote. Se dejó caer sobre su coñito, pasó la lengua por sus labios para buscar la miel de su centro.

Se revolvió el cabello y estrujó la sábana blanca cuando Ian la besó, cuando su boca calló sobre su clítoris y la besó como un salvaje, cuando devoró su sexo como tanto deseaban ambos. Lamió sus labios, los separó, espoleó su clítoris con su boca, succionó ese botoncito que la hizo gimotear cada vez más alto, hasta que no salió nada de su interior.

Apretó con más fuerza la sábana, su cuerpo se agitó con sus labios libertinos que la besaban, que mancillaron su sexo caliente y sensible, que succionaron su clítoris hinchadito, que recolectaron su esencia y la probaron, rugiendo con cada lamida.

Gimió con su elixir dulce y picante que engrosó sus músculos, que hizo palpar su polla, que activó sus papilas gustativas.

Pellizcó el clítoris con sus labios, lo succionó y masajé con la lengua, apreciando las palpitaciones que cada vez crecían en el interior de Aurora, engrescando a su bestia interior que le pedía aumentar la intensidad para provocarle un brutal orgasmo.

Sabía que su «hermanita» se estaba conteniendo, que sus muslos apretando su rostro solo era una muestra de su deseo de retardar el orgasmo que se acumulaba en su vientre plano. Sus caderas se movían buscando sus labios, su sexo no dejaba de lubricar su cara, de empapar su boca con su deliciosa esencia.

Jadeaba, gemía, se retorció entregada a sus labios, a su violencia, a la forma en la que su boca la devoraba.

Supo que si le pedía que se corriera, lo haría, pero no quería eso, quería que la bomba en su interior reventara sin que la pudiese detener, que su cuerpo cayera al precipicio y el calor asolara su cuerpo.

Metió su mano bajo su barbilla y sondeó su agujerito cerrado con un dedo, creando círculos alrededor del anillo.

—¡Ian! —gimió al sentir lo que iba a hacer, temblando, casi sin voz, casi sin fuerza, ocupando toda su templanza para retener la bola de energía que crecía en su vientre, pero si él así eso... no lo iba a soportar.

Negó con la cabeza, con los párpados apretados, con sus senos agitándose con cada respiración truculenta.

—No... no quiero... —Pero no pudo terminar de hablar cuando el dedo masculino se coló en su interior, rompiendo el cristal de su cordura.

Sus paredes se acoplaron al grosor del dedo, buscando con cada latido la estimulación que sus labios no alcanzaban a darle. Su clítoris estaba colmado por la succión de sus labios y eso pudo con su autocontrol. La burbuja que retenía la lava que era su sangre estalló y un violento orgasmo la sobrecogió. Su cuerpo se estremeció desde el interior, sus dedos estrujaron la sábana en un puño firme, pese a que su otra mano se fue a su seno que apretó con brío, aumentando el placer que movió su cuerpo, que hizo que lo demás dejara de existir, que solo quedara sus curvas siendo adoradas por Ian, que lamía y recolectaba su explosión con los labios, sin dejar de mover ese maravilloso dedo que tocó el sitio correcto para crear otra explosión más grande que devoró todo a su paso, que incendió cada parte de su anatomía, que envió energía pura desde la punta de sus pies hasta su sexo que se derramó en sus labios que glotones se tragaron su esencia con necesidad, con urgencia, gruñendo con cada uno de sus temblores, de sus sollozos apagados, pese a que en su

interior gritaba y le rogaba para que no la soltara, para que, así como estaba, sensible y delicada, la tomara y alcanzara su cima.

Apretó los muslos con fuerza contra su cabeza, buscó su cabello y trató de sacarlo de entre sus piernas cuando las sensaciones calcinaron su cuerpo, cuando se quemó y reventó en un tercer estallido que ocluyó sus oídos, que hizo que su corazón resonara como un pitido en su garganta y vagina.

Cayó en la cama cuando Ian lamió toda su abertura en una última caricia que le hizo temblar con fuerza, que sacó el poco aire que tenía dentro los pulmones.

Tembló en pequeñas sacudidas, laxa sobre las sábanas blancas, con el cabello desordenado a su alrededor, con la frente perlada en gotas pequeñas de sudor y la piel sonrojada desde el rostro hasta sus preciosos senos que oscilaron con cada inhalación corta con la que trató de recuperar su cuerpo.

La miró desde arriba, había reptado sobre su cuerpo, apartando los últimos botones de su camisa y desnudándola casi por completo, atento a sus latidos, a la forma en la que suspiraba con cada roce de sus dedos, reptó hasta estar sobre ella, cubriendo su cuerpo menudo y exuberante con el suyo, grande y fuerte, que creaba una sombra sobre sus curvas.

Se sostuvo con una sola mano y la acarició con la otra, haciendo que sus ojos celestes y deslumbrantes se abrieran poco a poco y sus pupilas dilatadas lo admiraran.

—Por favor, Ian —rogó con la voz trémula, con los labios hinchados de tanto mordérselos para no gritar.

Su mano buscó su rostro, con su barba picando en la palma tersa y lo acarició con ternura, regalándole una sonrisa gentil y...

Esa... esa sonrisa era justo lo que no quería ver, esa sonrisa y mirada celeste que brillaba pese a la poca luz que entraba a la habitación..., sin embargo, su sonrisa y su mirada resquebrajaron algo en su interior, la bestia rugió relamiéndose el hocico para hacerse con la oveja, para devorarla como era debido, para someterla y hacerse con su calor, con su piel, con su carne.

Gruñó. Bajó la mano por su cuerpo y la afianzó a su cintura.

—Dímelo —rugió la orden, mirándola con ardor, con dominio, sometiéndola.

Aurora gimoteó, fascinada con aquellos ojos oscurecidos y demandantes que prometieron llevarla al cielo y dejarla caer hasta el mismo averno.

—¡Ian! —jadeó su nombre con necesidad.

—Dímelo, dime que me dejarás poseer tu cuerpo, que te abrirás a mí, que... —profirió feroz, sin poder terminar la frase, con su rostro tenso ante el fragante ardor que lo recubrió, ese sentimiento posesivo que le pedía unirse a Aurora y hacerla suya de una forma diferente a la que necesitaba sentir a sus anteriores conquistas.

Aurora despertó algo extraño en su interior, una oscuridad que los comería a ambos, y estaba dispuesto a dejarse llevar por la mano sombría que se tendió frente a sus ojos, por la sonrisa macabra en la que descubrió sus labios y la mirada maliciosa en la que admiró sus iris azules. Su bestia y él eran uno solo, y estaban dispuestos a comerse a Aurora, a llevarla al abismo en el que poseerían su cuerpo de la forma en la que quisieran, escuchando sus lamentos lascivos que los impulsarían a arremeter contra su coño que solo les pertenecería a ellos.

—Dímelo —siseó por lo bajo, con un tono peligroso que la hizo gemir, que saturó sus neuronas y desactivó su cerebro, desarmando sus barreras protectoras por completo.

Lo miró con anhelo, con deseo y sumisión.

—Hazlo, ábrete paso en mi interior, rómpeme en mil pedazos —susurró por lo bajo, con el corazón latiéndole en la garganta de una forma diferente, casi sin respirar, con los sentidos

insuflados, con su olfato colmado con su efervescencia masculina, por ese perfume a testosteronas que la enloqueció, que anuló su mente, con sus ojos perdidos en la oscuridad que la hizo perderse en sus pupilas, por esa llama en su interior que le pedía quemarse a su lado, con su tacto sensible que solo respondía a su piel, con sus labios hormigueando en busca del manantial que eran los suyos, en busca de su sabor embriagante que la postró a sus pies.

La vio, pudo entrever su entrega, su necesidad, la urgencia en su cuerpo. Sintió el magnetismo entre sus sexos y... No pudo más, sacó su polla de la envoltura y lo colocó frente a su entrada empapada que se dilató para él.

Tras un gruñido animal, se adentró en su carne de una sola estocada que le sacó el aire y la hizo temblar entre la excitación y el dolor, pese a que su cuerpo ardió con furor, pese a que su cabeza se dejó ir sobre la almohada y un lamento femenino salió de sus labios y sus manos se aferraron a su espalda, arañando su piel, pegando sus pechos a su torso cincelado.

—¡Ian! —exclamó, antes de perderse en sus caricias, en el arrebató de sus cuerpos que se acoplaron con precisión, que se calentaron y se reconocieron milímetro a milímetro, aceptándose como el hogar del otro

CAPÍTULO 10

Admirar sus ojos, observar sus iris celestes brillar, cristalinos, tan transparentes que pudo vislumbrar su alma pura, su suavidad, la forma en la que sus sentimientos perforaron su corazón. Su mente se saturó con su imagen femenina, con su ruego acallado, enfureciéndolo. La sangre se agolpó en su polla dura que palpitó por y para ella, que no obedeció a la decencia y al buen trato con el que la quería procurar. No, no pudo manejarlo, su boca implorándole que la tomara hizo que sus neuronas se electrizaran y que la tierra bajo sus pies se abriera, que la ira por poseerla lo impulsara, que se moviera sin pensar, sin calcular.

No pudo evitarlo, no quiso hacerlo, no quería ser violento, pero la urgencia de su petición lo hizo actuar sin pensar, solo necesitaba colmar su cuerpo con el suyo, insuflar su deseo hasta que gimiera su nombre una tras otra vez, hasta que quedase sin voz, hasta que vibrara y se corriera con su dureza en su interior.

Perforó su coñito en una sola y violenta estocada que lo dejó sin aliento, que incendió sus nervios, sus músculos, que le hizo gruñir como un lobo feroz.

Su interior... Su dulce vagina estaba preparada para su intromisión, empapada, caliente, suave y... estrecha, al punto que sus dientes rechinaron al llegar al fondo y sentirla a lo largo de su longitud.

Aurora enterró sus uñas en su espalda, sus muslos apretaron su cadera y escuchar su lamento en el que lo llamó creó un maremoto corrosivo que frío su racionamiento e incentivó su bestia interna que tomó el mando de su cuerpo.

—Hazlo —susurró Aurora con la voz suave, femenina, trémula, aguantando el nudo de energía que su miembro creó, sabiendo que se estaba conteniendo, que necesitaba moverse.

Sus facciones contraídas, su ceño fruncido y sus dientes apretados fueron suficiente indicación para advertir su moderación.

—Hazlo —repitió acariciando su mandíbula con la palma, tocando su barba oscura con los dedos.

Abrió los párpados y la miró, admiró la belleza de su sumisión, de su sometimiento, de su ardor que la hacía vibrar bajo su cuerpo.

Dejó de pensar, dejó que la bestia lo dominara, que se hiciera con sus suaves curvas. Salió de su interior despacio, conectado a los iris celestes en los que se vislumbró.

—Quiero quebrarte —reconoció con la voz grave, fría, y oscura.

—Hazlo —animó Aurora, intoxicada por sus nervios siendo adorados por su magnitud, arremetiendo hasta el fondo de su cavidad acuosa que se ensanchaba con su longitud.

Se aferró a su espalda, con largos estremecimientos que sacaban suspiros de su boca de fresa cada que salía hasta solo dejar la punta en su anillo que seguía acoplándose a su polla gruesa, grande y dura.

Lo quería, deseaba aquel dolor, aquel ardor que carcomió su deseo, que estaba aumentando la electricidad en su centro, que estaba arrastrando el agua de la costa para crear una gran ola que la devoraría, que ahogaría su cuerpo bajo su deleite.

—Hazlo —jadeó rompiendo por completo su dominio.

Un gruñido feroz prorrumpió desde dentro de su pecho. La cogió de las caderas con impulso, enterrando sus dedos en su piel, en su carne suave y blanca, elevando sus torneadas caderas para follarla con ímpetu, para arremeter contra su coñito con embistes profundos y fogosos.

Jadeó y gimió, entregada al placer de cada arremetida, a la energía que estaba reclamando sus nervios, al roce de sus sexos, a las caricias violentas y excitantes con las que la estaba poseyendo, al choque de sus caderas que se metía en sus oídos y le hacía encajar las uñas en su piel.

No podía parar, necesitaba tomarla, tenerla de esa forma tan salvaje, con sus fluidos estallando cada que se enterraba en su coñito, con su polla marcando sus dominios en un mete-saca devastador, rudo y desquiciante.

Subió uno de sus muslos a su cadera y bajó el cuerpo para rozar su clítoris con la pelvis cada que se metía en su tibia cueva, deseando elevar sus gritos.

Gruñó y aulló cada que sus uñas le rasgaban la piel, cada que su cuerpo se estremecía desde adentro, cada que su respiración se hacía más truculenta y sus pechos se movían en deliciosos círculos.

Estaba por alcanzar la cima, lo sabía, lo podía ver en su piel sonrojada, en sus labios mullidos, hinchados y entreabiertos, en sus ojos que se perdían en sus pupilas, en la forma en la que su vagina lo apretó y vibró para él, llamándolo en exhalaciones húmedas que la hacían ver más erótica, con su cuerpo curvilíneo temblando, con sus pechos llenos y arqueados para rozar la punta de sus pezones rosados con sus pectorales, adhiriendo sus pieles.

—Ian —articuló con los labios y sus ojos se perdieron, cerró los párpados, se aferró a su espalda, a sus piernas y un grito acallado salió de su garganta, vibrando ante la ola que devoró su psique, que azotó las costas de sus nervios sobrecalentados y sensibles que estallaron en mil explosiones.

Su vagina lo masajeó, lo apretó con fuerza y no pudo moverse, se quedó soterrado por sus paredes suaves y constreñidas que se calentaron y humedecieron ante el fuerte orgasmo.

La abrazó, sosteniendo su cuerpo, apretando los dientes para no correrse a su lado.

Todavía no —se dijo encandilado con su pasión, con el sensible cuerpo de su hermanastra, con la forma en la que tembló a su alrededor, con sus pechos pegados a su cuerpo que se sintieron como dos masas calientes de carne, erizando su piel al advertir las puntas erguidas que quería volver a sentir en la boca.

Gruñó en su oreja, abrazado a su cuerpo caliente, tierno y dulce, palpitando con ella, resoplando ante las irrefrenables ganas de empaparla con sus fluidos, de dejar su aroma en su piel, pero no podía, no si esa sería la única vez que la tendría.

—Aurora —resopló, llamándola por primera vez, cuando sus estremecimientos disminuyeron y escuchó su respiración, sus manos volverse suaves mimos.

Tragó saliva y comenzó a moverse una vez más, sin soltarla, sosteniéndose con una mano, al tiempo que sus caderas arremetieron con delicadeza en su interior, arrancándole gemidos quedos que repercutieron en sus tímpanos, enardeciendo su sangre.

Sus cuerpos acoplados, unidos de todas las maneras posibles, sus respiraciones acompasadas, y sus sexos nutriéndose de las fricciones que los acogían con vehemencia.

Su sangre ardía, su polla engrosada rogaba por derramarse en su interior, pero su mente seguía repitiéndole que fuese lento, que disfrutara de sus paredes, de cada recoveco de su sexo, que se aprendiera el mapa de su anatomía.

—Aurora —la llamó repitiendo su nombre como en una letanía, alejando la cara de su cuello femenino para buscar sus labios, sus ojos brillantes que lo enloquecieron con su aura angelical,

recubriendo sus facciones con el dorado de su cabello, impulsando un deseo diferente a todo lo que sintió durante su vida, admirando a la mujer en la que se convirtió la pequeña rubia que conoció años atrás, que con una sola de sus miradas era capaz de someter a sus pies a cualquier hombre.

Quedó embelesado con su imagen y no pudo más que buscar la fuente de fresa que eran sus labios y besarla despacio, con la misma cadencia en la que agitó su pelvis; suave, sintiendo cada palmo de sus curvas, sirviéndose de una de sus manos para rozar su piel desde el muslo que rodeaba su cadera hasta recorrer la carretera curvada de su cintura, de su torso y meter una mano entre sus cuerpos para amasar su pecho, pellizcar su pezón y tragarse sus gemidos con ardor, anhelando más de ella, más de su cuerpo, más de su ser, de su carisma, de sus ojos, de su esencia que todavía podía sentir cosquilleando en sus papilas gustativas.

Aulló sobre su cuerpo blando, hasta que tuvo que cambiar de posición para sentirla más, para poder explorar desde otro ángulo su tersura caliente que lo estaba enloqueciendo, que demandaba ser adorada por su polla que no dejaba de buscarla.

De lado, la pegó a su torso, con su trasero en pompa y una mano en su cadera para abrir su culo con forma de corazón y meterse más en su interior, milímetro a milímetro, perpetrando no solo su coñito que se estremeció ante esa nueva postura, sino también sus sentidos que los siguieron, que le hicieron arquearse para él.

Se acomodó para meter la cabeza y buscar sus tetas, buscar ese pezón huidizo que domó con sus labios, que estiró con sus dientes, con el resonar de sus gemidos femeninos impulsándolo a mover las caderas, al tiempo que los dedos de Aurora peinaban su cabello, y se exponía con su cuerpo a cada roce, a la fricción de sus sexos, a la forma en la que la tomaba.

—Ian —jadeó con el remolino de sensaciones ensombreciendo su cerebro.

Sus labios en el pecho, tomándola con hambre, con necesidad, como un lactante deseoso de amamantarse, mientras su miembro grande alcanzaba la costa en esa nueva postura que la tenía doblada para que su figura estuviese a su disposición.

—¡Ian! —exclamó, necesitando la nueva liberación, una más suave y candente, una que podría fulminarla al saber cómo la estaba acariciando con mesura.

Gruñó al escucharla, al oír su nombre salir de su boca, con su voz ofuscada clamando por más.

Prensó el pezón entre sus labios, lo estiró, enviando un latigazo al sexo femenino y luego se irguió, apoyando la espalda menuda en su torso musculado, arremetiendo con más fuerza contra su trasero, cogiéndola de las caderas para fortalecer sus arremetidas, para adentrarse más hondo en su interior.

Jadeó, gimió y se arqueó para buscar sus labios, atrayendo su rostro con una mano en su barbilla.

Aumentó la violencia del empuje, de cada movimiento de pelvis con el que se estaban insuflando de energía, colmándose del placer de la fricción creada por sus sexos urgidos de una nueva explosión en la que se unirían.

—Córrete para mí, Aurora —pidió entre jadeos, entre besos en los que se estaban degustando, aumentando el placer de sus cuerpos.

Subió su mano en la cadera y la metió entre sus piernas. Se alejaron ante el sofoco de sus respiraciones y tras mirarse y prendarse de la pupila del otro, Ian tocó su clítoris y formó círculos concéntricos con su dedo corazón, alterando más su sistema, revolucionando sus palpitaciones, avivando la represa alojada en su vientre que estaba por romper con cada embiste con el que tocaba su punto más sensible.

—Hazlo... con-con-migo... —suplicó entre gemidos femeninos.

Gruñó, masculino, reclamando sus curvas con más necesidad y fiereza, impidiendo que su

cuerpo se moviera con los ataques con los que invadía su feminidad. La sangre bulló en sus entrañas, los escalofríos se hicieron violentos, su urgencia de liberarse creció y creció, aumentando los decibeles de sus jadeos, de los chasquidos de sus cuerpos chocando, de sus pieles vibrando, de su interior temblando, acogéndolo.

—De-be-ría sa-lir-me —logró razonar Ian al recordar que no tenía puesto un condón.

La mano pequeña y delgada de Aurora lo cogió del rostro con cariño, sus ojos revelaron sus sentimientos, buscando sus pupilas oscuras, el fuego en sus iris azules.

—Hazlo dentro. Lléname, márcame —balbució sobrecogida, deseando sentir su calor colmando su interior, entrando a lo más hondo de su ser.

Gruñó y subió la temperatura al cogerla con más fuerza, al volver a buscar sus labios, al frotar su clítoris con más intensidad, con envites certeros que constriñeron su interior, que le hicieron temblar alrededor de su polla, que hicieron que sus latidos se detuvieran, que todo alrededor se inmovilizara y solo quedaran sus truculentas respiraciones, sus cuerpos en colisión, sus ansias, su deseo y... Todo explotó dentro de Aurora, la emoción la invadió, la lujuria la quemó desde el interior, cada célula de su cuerpo se colmó de energía, su energía entrando a su sistema, dominando su ser.

Un grito salió de sus labios, vibró con brío al alcanzar la cima, separándose de su boca que buscó su cuello y succionó su piel cuando la acompañó en un violento nirvana que electrificó sus cuerpos, que los hizo tiritar a causa de la pasión, sudar del calor. Aurora creyó fallecer ante tanto placer, ante sus dedos largos que pinzaron su pezón y frotaron su clítoris con ardor, mareando su mente, elevando más y más su cuerpo, hasta que derramó su polución en su interior y sus oídos se taparon, su boca dejó de emitir sonido y un rayo la atravesó desde la cabeza, arqueando su espalda, abriendo sus labios en un grito sordo que le hizo alcanzar el cielo y el averno en un solo segundo.

Ian la presionó contra su cuerpo, reteniendo el instante, el instante en que la marcó, en el que su mandíbula se apretó con cada latigazo de placer que lo atravesó, que le hizo correrse en su vagina, enviando su semen caliente y espeso directo a su vientre cálido que lo recibió y se llenó con su esencia, con su aroma.

Apretó su cuerpo, su seno blando que rebotó entre sus dedos, su coño húmedo, caliente, suave y rosado que aprisionó con la palma para enterrarse un centímetro más hondo en su coñito y pegarse a ella, envolviéndola cuando solo pudieron respirar, sacudiéndose con suavidad ante las inclemencias del orgasmo que los unió.

Resopló contra su oreja, y la abrazó con más delicadeza, soltando su teta que quedó marcada por sus dedos largos, sacando la otra mano de su intimidad y abrazándola, con la palma pegada a su vientre.

—Quédate así —susurró con los ojos cerrados, apreciando su calor, necesitando un segundo para guardar su aroma femenino, el aroma de su concupiscencia.

Aurora jadeó en respuesta, de cualquier modo, no se podía mover, estaba laxa entre sus brazos, con su virilidad abriéndola, pese a que seguían palpitando, sensibles.

Aguardaron así por muchos segundos, por muchos minutos, solo respirando la esencia erótica que dejó el encuentro, sintiendo sus cuerpos calientes que se acoplaron como si se pertenecieran. Su miembro dejó su coñito, pero no se separaron ni un centímetro.

Ian la acarició, mimó su cuerpo con sus dedos recorriendo sus curvas, admirando cada valle, cada monte, cada colina nívea de picos rosados y tentadores.

Le giró el torso con una mano guiando su mandíbula y la besó, besó sus labios despacio, probando el almizcle de su boca, de sus labios turgentes y suaves que demandaron su atención. La besó con esmero, con paciencia, con una pasión diferente a la que eclipsó sus mentes minutos atrás.

Aurora se separó, sabiendo que alguno de los dos debía contenerse, y ella llevaba haciéndolo bien desde que se conocieron, podía alejarse por su bien, por el bien de sus padres.

—No podemos —susurró buscando sus ojos azules, pese a que la emoción apresó su corazón cuando los encontró ardiendo en deseo, un deseo distinto.

—No me importa —gruñó varonil, volviendo a apretarla contra su cuerpo.

Jadeó al sentir su dureza entre sus nalgas grandes que lo cobijaron.

—Debería... —Cerró los ojos, aferrándose a su raciocinio para no mortificarse con su imagen, con su cuerpo grande que la cubría de la luz, que dejaba su ser expuesto a la oscuridad del placer—. No podemos Ian, se... se supone que solo deberíamos vernos como hermanos —indicó, abriendo los párpados y enfocando las pupilas en las suyas, jadeante con los roces profanos que, pese a que estaba adolorida y cansada, no dejaron de despertar sus terminaciones nerviosas.

—Y no puedo, hueles a mí, me tienes dentro de ti —respondió bajando la mano a su vientre calientito y plano—. Me tienes dentro de ti —recalcó con posesión, olvidándose de su promesa, de sus padres.

Ya nada más le importaba que haberla encontrado. Era ella, era su Aurora, su ángel, la mujer que sepultaría su dominio y lo sometería, pese a que fingieran que era al revés.

Su gemido fue acompañado de un lento pestañeo cuando subió la mano a su pecho y estimuló el pezón con calma.

—Dime que «no» y pararé, dime que no sientes los latidos de tu corazón rogando por mi cercanía y me alejaré, dime que no sientes la pasión calentando tus venas y dejaré que me saques de tu interior —bramó con fiereza, observándola con hambre, con posesión, sin importarle más que tenerla, que volver a su cuerpo una tras otra vez, que admirar sus ojos cautivados por el fervor, brillantes, grandes, expresivos, mostrándole cuánto lo necesitaba.

—Solo... Solo es... pasión... lujuria —trató de razonar Aurora, encajándose a su pecho definido, a su respiración, con una mano en su torso, tocando sus oblicuos, notando la elongación de los músculos producido por el leve meneo de caderas con el que estaba friccionando sus sexos desde que redirigió su erección para que se metiera entre sus muslos prietos.

—¿Lo es? —inquirió Ian, obligándola a mirarlo a los ojos cuando cerró los párpados.

—¿Qué? —preguntó confundida, con el rostro desmadejado por la exquisita fricción que estaba aletargando su mente.

Con movimientos rápidos que apenas registró, la puso sobre su cuerpo, a horcajadas sobre su erección, con sus sexos unidos, sus labios vaginales abiertos para amoldarse a su longitud y sus manos en sus pectorales, advirtiéndole su suave vello que cosquilleaban en su palma.

Su respiración se hizo más pesada y lo miró bajo su cuerpo, grande, fuerte y masculino.

—Si solo es pasión, si solo es lujuria, lo puedes controlar. Vamos, contrólalo —demandó exigente, retándola con la mirada oscura, con los ojos hechos fuego, con sus manos afincadas a sus caderas, incrustando sus dedos en su carne, pero sin moverse ni un centímetro.

Su boca se abrió. Estaba tan masculino y arrebatador... Su sexo ardió, el dolor laceró su pecho, quería... quería mover las caderas, quería sentirlo otra vez, dejar que su polución la invadiera, que sus centros se conectaran, que ese último orgasmo no fuese el último.

Frustrada, lo miró pidiéndole que tomara las riendas, que cargara con las consecuencias de aquel pecado que necesitaba cometer, de la afrenta a su familia que sería volver a unirse, porque si lo hacían, si se dejaban llevar una vez más, no podría parar, lo sabía. Ella le pertenecía a Ian, lo supo en cuanto lo vio, en cuanto admiró sus ojos, y estaba bien al tenerlo lejos, al saber que podría embriagarse con su imagen cada vez que lo recordara, que podría soñar con ese día en el que la vería

como una mujer, sin embargo, ese día la alcanzó, el idilio se hizo realidad y las consecuencias que jamás consideró abofetearon su rostro.

—Detenlo, vamos, haz que deje de latir, haz que se baje, que deje de desearte, de anhelar tu calor —desafió Ian, admirándola con furia, apretando sus caderas, con los músculos tensos y definidos, sombreados por el suave vello que decoraba su torso

Arañó sus pectorales, gimió cerrando los ojos por un instante, con mil ideas entrechocando dentro de su psique.

Negó con la cabeza, desesperada, porque entendió que estaba dispuesta a sacrificar la relación con su madre y su padrastro si eso implicaba tenerlo, poder recrearse con sus ojos azules, con sus pulsaciones punzando en su interior, con su aroma colmando sus fosas nasales, porque sí, como dijo, no solo era deseo, no solo era lujuria, no solo era su cuerpo reclamando el suyo, eran sus almas reconociéndose, encontrando lo que tanto buscaron a través del tiempo, eran ellos conociéndose de mil formas diferentes.

—No puedo —gimió temblando, y una lágrima mezquina bajó por su mejilla, sabiendo que estaba dispuesta a renunciar a todo por él, que su corazón no iba a latir si lo abandonaba, si abandonaba al Ian real que tocó a su puerta para nunca más irse, a ese que la cubrió con su cuerpo, al que la protegió bajo la lluvia y la arrastró hasta ponerla segura, al que le dio su ropa para calentarla, al que buscó su cuerpo, que la hizo estallar en mil orgasmos que se grabaron con fuego en su ser, a ese que derramó su esencia caliente y que le hizo alcanzar el cielo, el Ian que la convirtió en mujer.

Arreglaría las cosas con su madre y su padrastro, se hincaría a sus pies y rogaría por su perdón, pero no podía dejarlo, no así.

Tiritando, admirando sus ojos en donde encontró ese fuego en el que se iba a consumir, bajó una mano entre sus cuerpos, alzó la cadera y se incrustó su polla firme entre sus labios, en su coño caliente que lo lubricó por completo.

Cerró los ojos, un largo suspiro salió de sus labios de fresa, su cabeza cayó hacia atrás y se dejó absorber por la lujuria que la dominaba, por el placer de saberlo llenándola, de pertenecerle.

Sus pechos oscilaron frente a sus ojos. Gruñó al sentir su calor cubriéndolo, al saberla rendida por completo, esa vez, para nunca escaparse de entre sus manos.

¡Al diablo con todos y todo! Deseaba a Aurora como nunca esperó hacerlo, como no pudo sentir con otra mujer, la anheló de una manera diferente y cuando se corrió en su interior lo supo: quería quedarse a su lado, ver sus sonrisitas inocentes, admirar su cabello rubio que la dotaba de ese halo angelical y dulce que nunca se permitió admirar por miedo a caer en el agujero de Alicia en el país de las Maravillas, pero que una vez conquistó su cuerpo no quiso salir de la locura de sus curvas.

No, no la iba a dejar, no mientras quedase mucho por conocer, no solo de su cuerpo, sino de sus ojos, de su alma, y después de eso, volvería a conocerla de mil maneras diferentes, quería saberlo todo, quería conocer lo que se escondía tras sus ojos celestes, tras sus sonrisas, tras sus caricias, quería sentir sus mimos por todo su cuerpo, embeberse con su alma, con su forma de mirarlo, quería más...

Algo se removió en su interior cuando Aurora movió las caderas, cuando subió y bajó sobre su eje, cuando creó círculos y estimuló todos sus sentidos con su imagen erótica, con su cuerpo crispado sobre el suyo, con sus pechos bamboleándose frente a sus ojos, grandes, redondos y sensuales, con sus pezones que pedían ser apresados por sus dedos, quedó prendado por su boca de donde salían fervorosos jadeos, por los movimientos serpentinos de sus caderas, de su abdomen, de su respiración, por sus gemidos que invadieron sus tímpanos, que eclipsaron el sonido de la lluvia, de sus gruñidos, de su corazón.

Solo existía ella, solo la necesitaba ella.

No, no solo era pasión, no solo era lujuria y posesión, algo más despertó dentro de Ian cuando admiró su timidez, cuando se dejó vencer por su sonrisa, por su voz cantarina, por su mirada enamoradiza y deslumbrante, por sus movimientos sensuales y naturales que lo enamoraron, que lo prendieron con su inocencia, con su candor tan propio en su naturaleza.

Sí, había algo más, algo que germinó con sus labios sonriéndole, con sus gemidos rociando el brote, fortaleciendo las raíces, con las veces en las que lo miró como la persona más especial del mundo.

Cogió sus caderas con brío y le ayudó a moverse, a cabalgarlo como una amazona, a mover las caderas, a apretar los muslos para brincar sobre su polla grande que se estaba hinchando más y más con cada fricción, que lo estaba enloqueciendo con la miel derramada sobre su base, sobre sus testículos que eran aplastados con delicia por sus nalgas magras y carnosas.

Gimió, gruñó y se dejaron llevar por el placer, por la necesidad de sentirse, de suspirar por el otro, de colmar sus nervios con energía pura.

Aurora lo montó con ardor, hasta que las sensaciones fueron demasiadas y la acercó a su cuerpo para abrazarla, para levantar la pelvis y moverla con potencia, para arremeter en su interior y propiciar el nuevo orgasmo que se estaba formando en sus núcleos caldeados que se estaban sobreexigiendo hasta que todo explotó y la cogió pegándola a su cuerpo, buscando sus labios para reconocer el placer celestial que los elevó al cielo, que hizo vibrar sus cuerpos, que calentó sus almas, que prorrumpió en sus sentidos y los hizo estallar hasta compenetrarse una vez más, con su polución llenando su vientre y su humedad calando su sexo, sus muslos, aromatizando la habitación.

Agotados, la dejó descansar sobre su pecho, respirando para recomponerse, con su erección descendiendo dentro de sus paredes que seguían estremeciéndose con las reminiscencias del nirvana, con su polla palpitando con cada latido de su vagina, conectados.

La abrazó con cuidado, sosteniéndola, deseando que el tiempo se detuviera, que sus pechos aplastados se quedaran sobre su torso, que sus piernas abrazaran sus caderas hasta que perdieran las fuerzas, que su interior lo hiciera estallar una vez tras otra, hasta que perdiera el juicio, hasta que se olvidara de su nombre y solo existiera su calor, su tersura, su aroma, su piel delicada, su rostro de muñeca, sus curvas peligrosas donde se perdería, su alma pura en la que podría respirar y recobrar el color de la suya.

—No es solo lujuria —musitó, peinando su cabello, con suavidad, ya no como parte del acto carnal, sino porque quería hacerlo.

Su cabeza se quedó pegada a sus pectorales escuchando el retumbar de su corazón, la agitación de sus sentimientos.

—No eres un capricho, Aurora.

Alzó la cabeza al escuchar su declaración y entendió que no solo era ella la que se estaba arriesgando. Ian podía perderlo todo, lo estaba arriesgando y estaba dispuesto a hacerlo para estar entre sus brazos.

Tragó el nudo que se le formó en la garganta y no pudo contener la sonrisa que ensanchó sus labios y mostró sus dientes rectos y blancos.

—Vamos a tener muchos problemas —indicó en un hilo de voz, risueña.

—Ah, ¿sí? —inquirió Ian con una sonrisa maliciosa, pensando en los problemas que podría tener a su lado, problemas para encontrar un sitio al cual pegar su espalda, para sostenerla y admirar el movimiento serpenteante de sus caderas, de sus pechos oscilando con extremo erotismo.

Apartó un mechón rubio y se lo puso tras la oreja, prendado de esa sonrisita infantil y pícara que

nunca observó por la intimidación que ejercía sobre su hermanastra.

Ronroneó al recordar las prohibiciones de su relación y en un acto rápido, puso su espalda contra la cama, aplastándola bajo su peso, pese a que se detuvo con sus antebrazos.

—¿Me vas a dar problemas, hermanita? —pulló con sorna, para después acercarse y lamer la curvatura de su cuello.

Jadeó al escuchar ese apelativo cariñoso que nunca usó y que en ese momento solo volvió más pecaminosa su relación.

Cerró los párpados por un instante, para luego perderse en sus ojos azules que refulgieron con la luz que entraba del pasillo.

—No, tú me los vas a dar a mí, lo sé —respondió y buscó sus labios para entregarse de nuevo al placer de ser sometida por el hombre más atractivo del mundo, el único hombre capaz de romper sus esquemas, de derribar sus muros, de corromper su cuerpo, de penetrar su interior cuando solo sus dedos estaban autorizados para hacerlo, el único hombre por el que estaría dispuesta a ir contra todo y todos, el único hombre que sacó su verdadero carácter, que dejó de juzgarla por ser tímida, al contrario; veneró su sumisión y le mostró el calor alojado en su vientre.

Lo besó con cadencia, olvidándose de todo cuanto la rodeaba, disfrutando de sus labios, de su masculinidad, de su esencia, así como Ian se dejó llevar por su aroma femenino, por su aura dulce, por sus dedos suaves y sus caricias taimadas que lo enloquecieron tanto como sus ojos celestes que siempre lo atravesarían y descubrirían su corazón, para alojarse en su interior y nunca dejarlo, para nunca sentir el frío hielo de un amante, porque Aurora era más que solo una noche, era más que solo un instante, que un encuentro fortuito, que la lujuria creada por sus curvas, que el deseo de probar su piel, sus valles, sus montes, sus sinuosos pechos o su trasero con forma de corazón, era su sonrisa calentando su pecho, elevando su temperatura con la cadencia de su cantarina voz, era ella, y era él reconociéndola como mujer, su mujer.

CAPÍTULO 11

No fue fácil enfrentar a sus padres, aceptar la reprimenda de Christopher que se enfureció con Ian y casi termina echándolo de la casa, de la empresa, de todo, al saber que estaban juntos, creyendo que se aprovechó de la dulzura de Aurora, que la sedujo y la manipuló para jugar con ella y luego desecharla como lo vio hacer desde que se volvió un joven atractivo y coqueto.

No los enfrentaron en esas vacaciones, se esperaron, no solo porque la relación era muy reciente, tanto, que ni siquiera sabían cuál era su nombre. Al principio, fingieron cordialidad ante sus padres, mientras sus manos se buscaban bajo la mesa, mientras los dedos de Ian se alargaban y la dejaban sin aliento, con roces discretos y susurros suaves en los que la pasión los desbordaba, esas vacaciones fueron largas por el día en el que se comían con los ojos, y cortas por la noche en la que suspiraron al unísono, conteniendo los gritos para no alertar a sus progenitores que estuvieron felices al ver que se llevaban mejor, sin imaginar que estaban dejándose arrastrar por la lujuria frente a sus ojos.

Fueron puro fuego en las manos del otro, se recorrieron con calma, exploraron sus cuerpos al ritmo de un vals lento y efervescente con el que se volvieron lava en las manos, boca y sexos del otro.

Cuando regresaron a la realidad, no se podían mantener separados. Ian la buscaba cada que podía, no desatendió la empresa, pero dejó de preocuparse por nimiedades, de llamar a Erika que aceptó con facilidad su desapego.

Aurora se sumergió en su sueño hecho realidad y adoró esa nueva forma de mirarla, la cadencia en su voz, ese tono lascivo y peligroso con la que la llevaba a la cima y se caían al precipicio solo para quedar suspendida en sus brazos, sobre su cómodo pecho.

Se dieron el permiso de salir a citas, de salir como una pareja normal, pese a que comenzaron al revés. Recordaron su primer encuentro escapándose los fines de semanas y encontrándose en el cobijo de la intimidad de pequeñas cabañas u hoteles pintorescos en las afueras de la ciudad, donde se dejaron ver como una pareja.

Ian se sentía extraño haciendo todo lo que nunca pensó hacer, siendo romántico, comprando rosas rojas que hacían juego con sus labios de fuego, que muchas veces lo llevaron al paraíso y sacaron hasta la gota más pequeña de sus pecados.

Fue raro no quedar solo para el sexo, admirar su sonrisa, su cabello bailar con el viento, los vestidos pegándose a su figura y sus ojos brillar con mil matices diferentes en los que solo cabía Ian. La semilla que germinó ese día en su interior floreció con garbo dentro de su pecho, y no pudo evitar sonreír cada vez que lo observaba, cada vez que tomaba su mano y su nariz pequeñita se arrugaba cuando algo no le gustaba o, por el contrario, le encantaba. Se aprendió cada palmo de su piel, cada recoveco de su anatomía, contó sus cabellos rubios y reverenció su sexo.

La quería de verdad, al punto que se fajó los pantalones y habló con su padre. Fue el primero en decirlo, en sentarse frente al escritorio de su padre, una figura que respetaba desde que se hizo adulto, desde que entendió todo el esfuerzo que hizo para salir adelante, y le reveló que quería a Aurora, que estaban saliendo, que quería algo mucho más con ella.

Christopher se crispó. Naturalmente, no le creyó, no en ese instante, en el que la ira le hizo enrojecer y sus venas del cuello y sienes se engrosaron. Conocía bien a Ian y temió que fuera un encandilamiento pasajero, que la belleza de su hijastra lo hubiese atrapado, pero que el brillo desapareciera cuando la novedad quedase atrás. Temió por ella, por él, porque al final, era su hijo, porque le enloqueció la idea de su familia resquebrajándose. Junto a Laila encontró un hogar que perdió con la muerte de su esposa, y no quería que todo se desarmara por un deseo incontrolable, por las hormonas de dos jovencitos que no reconocían el deseo sexual del deseo afectivo que crece cuando se encuentra con la persona indicada.

Lo riñó, lo regañó y lo hizo escoger con la esperanza de hacerlo recapacitar a tiempo, de impedir la tragedia, lo hizo escoger entre su sueño y Aurora.

Ian lo miró sin dar crédito, paralizado tras escucharlo y... renunció. Sus palabras salieron sin ser registradas por su cerebro, hablando de la sinceridad de sus sentimientos. No, no lo pensó porque no iba a dejarla, porque Aurora se convirtió en su sol, en un sol que calentaba su alma, que caldeaba su ser de formas que jamás experimentó y que supo no lo iba a volver a obtener con otra mujer. La despreció durante tanto tiempo, sin conocerla, sin saber lo que hacía una sola de sus miradas, que cuando al fin la vio, cayó rendido a sus pies y no pudo más que aferrarse a ella, a esa deidad que hacía latir su corazón. Aurora era única, no había otro sol en la galaxia, y tampoco habrían más Auroras en su vida, pero sí habría más empresas, quizá le costaría, quizá fuese difícil, pero estaba dispuesto a comenzar de cero, lo iba a lograr de cualquier manera, sin embargo, jamás iba a encontrar otra mujer que despertara su anhelo, que despertara su deseo de unirse a ella, de formar una familia.

Salió de la casa de su padre hecho una furia, enojado porque no aceptaba lo suyo, porque infantilizaba sus sentimientos cuando ambos eran adultos, cuando Aurora estaba por convertirse en su mujer, porque planeaba llevarla a su casa, y quizá, en un futuro no muy lejano, firmar los papeles que los uniría por la eternidad ante la ley.

Christopher trató de llamarlo, de hacerlo razonar, ofuscado con lo que creía que sería una catástrofe que explotaría tarde o temprano. Laila quiso calmarlo, le dijo que dejase reflexionar a Ian por un rato. Tampoco creía que ellos estuvieran hechos para estar juntos. Ian y Aurora eran tan dispares que en su cabeza no concibió la idea de que su hija quisiera a un hombre tan frío y reservado como siempre fue Ian, y Aurora era tan tímida y mansa que no era capaz de verla enfrentándolo si algo no le gustaba.

Temió por su hija, por su hijastro, por la suerte de esa unión, pero en lugar de prohibirla como Christopher, buscó razonar de otra manera y llamó a su hija para que se encontraran.

Aurora llegó unos días después, acompañada de Ian, pese a que este se quedó fuera. Los vio estacionar frente a la casa, desde el segundo piso, a hurtadillas, pegada a la ventana para espiarlos. Los vio bajar, Ian descendió del coche blanco, rodeó el frente y le abrió la puerta a Aurora, lo vio darle la mano para ayudarla a bajar, y luego darle un tierno beso en la frente que le hizo abrir los ojos y darse cuenta de que el Ian que estaba viendo, no era el mismo que conocía.

Aguardó, admirando la escena dulce y extraña, se quedó quieta al observar cómo Ian acomodaba un mechón rubio de Aurora y la besaba en los labios tras mirarla embelesado, con sus ojos azules en los celestes de su hija. Tras besarla, le sonrió con cariño y leyó en sus labios palabras de aliento, reconfortando a su pequeña para que le hiciera frente.

Cuando Aurora llegó a la sala donde la estaba esperando, la dejó hablar, le pidió la explicación que Christopher no quiso escuchar y limpió sus lágrimas cuando le confesó que siempre lo amó, que se enamoró a primera vista, pese a que a él le llevó más tiempo hacerlo, cosa que agradeció, puesto

que cuando se convirtieron en «familia» ella era muy joven. La diferencia de edad no le gustaba, pero aceptó los sentimientos de su hija y, en especial, de su hijastro.

Christopher escuchó sin que lo viesen, buscó a su hijo al lado del coche. Lo vio a lo lejos, admirando la casa, con un suspiro que desarmó su templanza, como si el peso de la distancia entre hijo y padre pesara en sus hombros anchos.

Pensó en su hijo, en la relación que tuvo con el amor de su vida, su madre, con Delia, en el flechazo que sintió cuando se conocieron, en lo difícil que fue conquistarla, hacerla su mujer, casarse con ella, en su enfermedad y lo efímera que le pareció la vida tras su muerte, en sus palabras en las que le hizo prometer que se buscaría otro amor, otra vida, que viviría sus días sin remordimientos, que seguiría los latidos de su corazón.

Vio a su hijo, sus ojos azules como los de su madre, lo vio crecido, diferente, más maduro y comprendió que Aurora era su Delia, y que no tenía derecho a interponerse.

No, no lo reconoció en el instante, pero luego lo llamó e hizo las paces, sin darle la advertencia que picó en su lengua, que quemó en su garganta, una advertencia con la que quería que le jurara proteger y cuidar los sentimientos de Aurora, no lo dijo porque entendió que lo haría.

* * *

La vio sentada en el alfeizar de la ventana de la sala, comiendo un chocolate que manchó la comisura de sus labios, tan sensual como siempre, quizá más... gracias a que llevaba una de sus camisas casi sin abotonar, con el sol transparentando la tela y dejando ver la curvatura redonda de la caída de sus preciosas tetas que hicieron agua su boca.

Ronroneó al acercarse y pasar la punta de los dedos por sus piernas flexionadas para caber en el alfeizar.

—Acabamos de hacerlo, Ian. Estoy recién duchada y tengo que comer algo más que chocolates —se quejó Aurora, mirándolo, parado frente a ella, solo vestido con un pantalón de chándal gris que colgaba de sus caderas, mostrando su duro torso.

—Podría darte de comer en la cama —sugirió pícaro, con la ceja alzada y una mirada irreverente, sin dejar de mimar sus muslos, creando círculos con su pulgar sobre su sensible piel.

Jadeó entrecerrando los ojos, perdiéndose en los azules que la admiraban con deseo, pese a que hacía unos minutos pasaron unas largas horas retozando en la cama, explorando el cuerpo del otro, lamiendo cada parte de su piel, adentrándose en la intimidad más venerada del otro, hasta que explotaron una vez tras otra.

Se acarició el vientre plano y negó con la cabeza.

—Necesito comida, Ian —recalcó terminándose la chocolatina.

—¿Y a mí no me necesitas? —pulló con fingida irritación, pese a que su sonrisa maliciosa lo delató.

Aspiró profundo y se giró para poner sus manos tras su nuca y rodearlo con las piernas, mostrándole su sexo depilado y suave. En casa no llevaba braguitas, mucho menos sostén que desde su embarazo le molestaba los pezones y le impedía a Ian llegar a ellos y nutrirse con su carne.

Llevaban juntos bastante tiempo, viviendo bajo el mismo techo, casados bajo la sagrada ley con la que sus padres afianzaron su unión antes de que se mudaran, temiendo que se les olvidara formalizar por la costumbre del día a día.

Aún se reían cuando recordaban la tarde en la que los sentaron para decirles que se iban a casar porque no les iban a permitir vivir en «pecado».

—*Jóvenes impetuosos* —los regañó Christopher y le lanzó a Ian una caja con los anillos de bodas que usó con Delia para que se le propusiera a Aurora.

Al abrirla, sus ojos se encontraron con los de su padre por un segundo, quien después se hizo el desentendido. Su corazón latió con fuerza, admiró el anillo delicado de su madre, ese anillo pequeño, plateado, hecho de oro blanco, con una incrustación de rubí que enlazaba los dos lados del anillo y se unía a su alrededor formando una rosa y lo supo, supo que lo quería en el dedo de Aurora. Tomó su mano, y como el romántico empedernido que no era, se lo puso en el dedo y la besó con pasión frente a su madre quien exclamó con un gemido asombrado y horrorizado, viendo cómo devoraban a su hija que no pudo ni siquiera procesar las acciones de su loco hijastro, hasta que lamió sus labios, se separaron y pudo ver el anillo que consagraba su unión.

La boda fue rápida e íntima, solo Diana, sus amigos más cercanos y familiares estuvieron presentes, y esa noche se rindieron ante el placer más obscuro por horas y horas, en una pequeña cabaña que Ian rentó para convertirla en su mujer hasta saciarse con su cuerpo, algo que realmente no ocurrió, solo se quedaron sin energía por un instante.

—Ian —suspiró Aurora, con el cuello expuesto que estaba besando y mordisqueando,

succionando la piel para marcarla.

Su mano grande masajeaba su seno sensible y lleno.

—Quiero embeberme con tu cuerpo —musitó contra su yugular, con la voz grave y gutural que la hizo gemir del placer, porque supo que iba a tener otra ronda de sensual sexo a su lado, al lado de su marido, del hombre de sus sueños.

Ronronearon al unísono y, sin preliminares, la alzó sobre sus brazos, le arrancó la camisa sin importarle los botones que salieron volando, y tras bajarse los pantalones de chándal con premura, la penetró de una sola estocada que sacó el aire dentro de sus pulmones.

Aurora sonrió al sentirlo, al saber que estaba en su hogar, donde pertenecía y gimió, entregándose a la lujuria, cabalgándolo con ese movimiento serpentino que tanto ofuscaba a Ian, que lo hacía sucumbir con la misma rapidez con la que ella caía en el espiral del nirvana, ese donde ambos se encontrarían y disfrutarían del aroma del encuentro, del calor de sus cuerpos, de sus palpitaciones ahogadas en sus respiraciones, del placer de pertenecerse el uno al otro.

F I N

ÍNDICE

[ADVERTENCIA](#)

[SINOPSIS](#)

[CAPÍTULO 1](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[CAPÍTULO 10](#)

[CAPÍTULO 11](#)

[SOBRE EL AUTOR](#)

[OTROS RELATOS](#)

Si te ha gustado este breve y sugestivo relato, puedes apoyar mi trabajo dejando un comentario, sea corto o largo, a través de Goodreads, Amazon o redes sociales en las que me puedes etiquetar.

SOBRE EL AUTOR

Soy un ciudadano del mundo, enamorado de la silueta femenina y adorador de sus hermosas y cándidas almas que me dejan sin aliento, de ahí que me encante escribir relatos eróticos en donde ellas son las protagonistas de mi prosa.

Para más información, me puedes seguir en mis redes sociales como:

En Instagram como:

@nicolas_hyde03

O a través de mi correo como:

03hyde@gmail.com

OTROS RELATOS

1.

ATADA A ELLOS

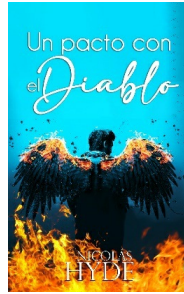


Desde que lo vi la primera vez... Me gustó, me pareció el hombre más atractivo y varonil del mundo. Pero era un hombre prohibido, un hombre en el que nunca debí fijarme. Sentir su mirada imponente, su aroma masculino, su esencia dominante..., pudo conmigo y me dejé llevar por su propuesta indecente, una propuesta emocionante e inquietante.

«Un relato corto que te hará estrujar la sábana de tu cama y suspirar de excitación».

2.

UN PACTO CON EL DIABLO



Elisa estaba harta de su vida, de que las personas la pisotearan, de hacer todo por los demás, sin recibir nada a cambio. No quería caer en los embrujos y promesas de otros. No quería ceder ante nadie, ya no más.

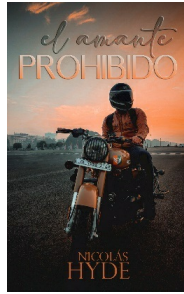
¡Ya no podía con su vida mediocre!, y estaba dispuesta a hacer lo necesario para obtener lo que quería, incluso venderle su alma al mismo demonio, o para el caso, su cuerpo.

Y tú, ¿dejarías entrar al diablo en tus bragas?

«Un relato ardiente que te quemará en las brasas del infierno».

3.

EL AMANTE PROHIBIDO



Paula siempre fue una mujer con mucha suerte, a la que la vida le sonrió. Con un buen trabajo, un físico envidiable, sensualidad y mucho más...

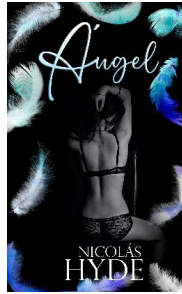
No obstante, su vida da un vuelco cuando se enamora y su matrimonio no corre con la misma dicha... Con un esposo que la deja abandonada a la mínima oportunidad, y un hijastro joven, rebelde, y guapo...

La vida para Paula nunca fue tan difícil, en especial porque tiene que soportar las miradas lascivas de cierto joven que hace que su cuerpo tiemble.

Un relato donde la seducción incita a lo prohibido.

4.

ÁNGEL

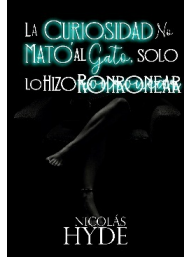


Desde que la vi por primera vez, me pareció una mujer despampanante, guapísima, como ninguna otra, sin embargo, pese a su sonrisa discreta y displicente, no podía engañarme, aquella mujer de cabello dorado, ojos como las esmeraldas y cuerpo de infarto, no me correspondía de ninguna manera, ¿o sí lo hacía... y solo tenía que saber cómo subyugarla?

Después de todo, Ángel no era una mujer cualquiera, no, ella era una bailarina exótica de lo más sensual, y la vecina más «buena» que tenía.

«Un relato erótico que te someterá a sus deseos...»

5. LA CURIOSIDAD NO MATÓ AL GATO, SOLO LO HIZO
RONRONEAR

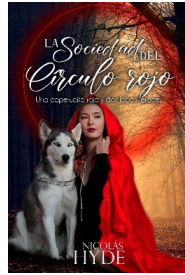


El viejo dicho dice que «la curiosidad mató al gato»..., en mi caso, la curiosidad me llevó a un mundo nuevo de aventuras, un mundo lleno de erotismo, sensualidad y muchos jadeos.

Todo comenzó con una carta, y terminó con un orgasmo.

6.

LA SOCIEDAD DEL CÍRCULO ROJO



Múltiples sueños me llevaron hasta ese momento, el instante en donde cumplí mi mayor fantasía:

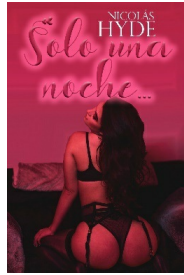
Ser la presa...

Vestida con una elegante capa roja y larga me preparé para comenzar el juego en el que dos apuestos y fuertes «lobos» me cazarían y cumplirían con mi más fervoroso deseo.

Un retelling excitante entre caperucita roja y dos lobos feroces.

7.

SOLO UNA NOCHE.



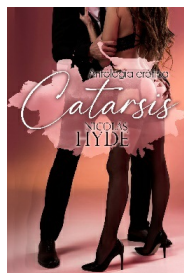
Después de una complicada ruptura, Adriana decide pasar página y dar rienda suelta a sus deseos, olvidándose así de todo aquello que atormenta su mente.

Dispuesta a bailar al son de los acordes de la música que suena en la discoteca, se encuentra con las hábiles manos de un hombre que estará dispuesto a borrar todos esos pensamientos que la atribulan.

Un relato lleno de pasión desenfrenada.

8.

CATARSIS ANTOLOGÍA ERÓTICA



Antología erótica con muchos relatos sensuales, llenos de pasión, seducción, recubiertos por el romance oscuro. La cual recoge los anteriores relatos, además de «Sé mía» un relato corto e intenso que te hará suspirar con sus escenas cargadas de erotismo.

9.

LA TENTACIÓN DE MI HERMANO



Cuando sus padres murieron no le quedó más remedio que aceptar la propuesta de su hermano e irse a vivir al extranjero, a su lado.

Cecil dejó todo atrás: sus estudios, sus amigos, su novio, y emprendió una nueva aventura, o al menos eso creyó, hasta que se dio cuenta de que la vida con su hermano no sería lo que pensó. No, no iba a aceptar sus reglas, no iba a dejar que le dijese cómo vestirse o que la insultara. Era una chica con el corazón rebelde y la piel caliente, una chica que pensaba apagar su calor a como diese lugar, incluso si caía en lo moralmente reprochable.

Un romance erótico oscuro y prohibido no apto para todo público.

10.

EL IDILIO DE MI TÍO



La vida de Susan da un vuelco cuando su padre muere y su madre se ve *obligada* a aceptar una oferta de trabajo en el extranjero, dejando a su hija al cuidado de Xavier, el hermano de su fallecido marido, a quien Susan no conoce.

Lo que no sabe es que Xavier no es un hombre cualquiera, no, él solo quiere jugar con su nueva *muñequita* y cobrar venganza.

«Un relato oscuro subido de tono, no apto para todo público».



Era incorrecto, estaba mal, no debía suceder y, sin embargo, pese a saberlo, la deseaba, la anhelaba como jamás lo hizo con otra mujer.

Cuando Celeste le preguntó si podía llegar a quedarse con él, Dominic no lo pensó dos veces. Tenía muchos años sin ver a su hijastra, pese a que siempre se mantuvieron en contacto, recordaba con gran cariño a la niña de trece años que dejó atrás cuando se divorció de su madre, no obstante, en ningún momento esperó encontrarse con la mujer sensual y extrovertida en la que se convirtió aquella chiquilla a la que tanto cariño le tenía.

¿Podrá Dominic resistir la tentación de probar la fruta prohibida que es Celeste, su hijastra?

Un relato de romance erótico donde sus principios serán cuestionados, y su amor transformado.

12.

EL JUEGO DE MI MARIDO



La primera vez que se lo propuso, creyó que estaba jugando, que no era más que palabras destinadas a insuflar su deseo, a caldear sus encuentros íntimos, no obstante, no fue así, y cuando menos lo esperó, el juego se hizo realidad, llevando a Lisa a un mundo nuevo, donde la mente retorcida de su marido sería la que dirigiría su andar.

Un relato lleno de tabú, de erotismo oscuro, en el que Lisa será la protagonista de un juego retorcido que caldeará su cuerpo y perturbará su alma.

¿Podrá Lisa resistir al erótico juego que le propone su marido?

13.

EL SECRETO OSCURO DE MI PAPI



Amor y odio, dos palabras que, por mucho tiempo, fueron sinónimos para Dulce.

Lo amaba y lo odiaba.

Por eso se alejó....

Sin embargo, cuando creyó que había superado su agonía, volvió, solo para que esas palabras cobrasen su significado original y se desenredaran, volcando su vida, convirtiendo su día a día en un torbellino de sensaciones que cada vez fueron nublando más su raciocinio, hasta que sucumbió ante él, el único hombre que amó y odió con toda su alma, el hombre que ayudó con su crianza, un

hombre prohibido: su padrastro.

Un relato picante y excitante, donde el tabú es el ingrediente principal.

14.

DOMÍNAME



Ariana siempre fue una mujer fuerte e inteligente, una mujer que le gustaba defender sus principios y sus derechos, hasta que lo conoció a él y todo su mundo cambió, deseando que aquel hombre la dominase y cumpliera sus fantasías más perversas, esas fantasías que ni siquiera se atrevía a confesarse en su fuero interno.

Un relato picante donde el juego de rol traspasa a la realidad.

15.

DULCE PLARCE



Se dijo que solo iba a divertirse, a tomar unos tragos y bailar hasta quedar agotada. Emy no tenía otros planes más que relajarse, hasta que la vio, hasta que vio a la mujer más impresionante que alguna vez sus ojos pudieron admirar y su corazón se desembocó.

No quería que su pulso se alterara, sin embargo, el magnetismo que esa elegante mujer ejerció sobre su cuerpo pudo con su psique.

Lo que Emy no sabía es que aquella impresionante mujer escondía un secreto que la haría estallar en una apasionante vorágine de sensaciones.

16.

SÉ MÍA



Desde la primera vez que lo vi, supe que era un hombre imponente, un hombre peligroso, capaz de doblegar a cualquiera, capaz de hacer que el alma y cuerpo de cualquier mujer tambaleara, y eso me incluía.

Pero ¿qué tanto me quería él?, ¿hasta dónde podía llegar nuestra relación?, después de todo, él era un hombre prohibido.

Un relato corto e intenso que te hará suspirar con sus escenas cargadas de erotismo.